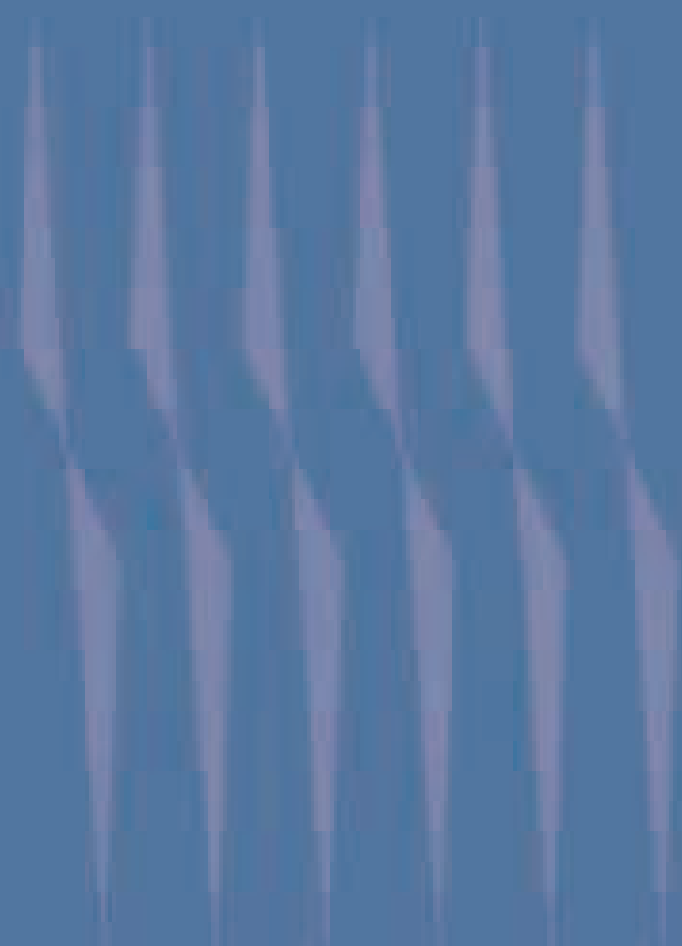


Poesía Selecta

Gonzalo Escudero



Selección y Crítica
GALO RENÉ PÉREZ

GONZÁLO ESCUDERO

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

**COMISIÓN NACIONAL PERMANENTE
DE CONMEMORACIONES CÍVICAS**

**MIEMBROS DE LA COMISIÓN NACIONAL PERMANENTE DE
CONMEMORACIONES CÍVICAS DE LA PRESIDENCIA DE LA
REPÚBLICA**

Dr. Galo René Pérez,
Presidente

Embajador José Jijón Freile, Vicepresidente Ejecutivo
Representante del Ministerio de Relaciones Exteriores

Coronel E.M.C. Wilson Revelo
Miembro Representante de las Fuerzas Armadas

Sra. Alicia Robalino
Miembro Representante del Ministerio de Educación y Cultura

Dra. Cumandá Campi
Miembro Representante de la Casa de la Cultura Ecuatoriana

Dr. Carlos Joaquín Córdova
Miembro Asesor
Representante de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

Dr. Manuel de Guzmán Polanco
Miembro Asesor
Representante de la Academia Nacional de Historia

Eco. Fabiola Cuvi Ortiz
Miembro Asesor
**Representante del Instituto Ecuatoriano de Investigaciones y
Capacitación de la Mujer**

Ing. Jorge Novillo
Secretario

Lcdo. Fabian Bedón Samaniego
Asistente

Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas
Av. Amazonas 477 y Roca Edif. Rio Amazonas 5to piso Of. 520
Telf.: 2502-770 / 2231-596 www.conmemoracionescivicas.gov.ec

Diseño e Impresión:
Global Graphics 099 203 741 / 2521 790, Quito - Ecuador

Tiraje: 1.000 Ejemplares

Impreso en Ecuador - Quito 2.005

Poesía Selecta

Gonzalo Escudero

Poesía Selecta

INTRODUCCIÓN Y SELECCIÓN
Galo René Pérez

Gonzalo Escudero
(1903-1972)

Nació en Quito. En esta misma ciudad estudió hasta la obtención de su título de abogado. Pero las disciplinas jurídicas no le sirvieron para ejercer esa profesión, sino para los vigorosos alegatos que escribió como representante diplomático, y cuyo objetivo fue la defensa de los derechos territoriales del Ecuador, y desde luego la de las normas de paz entre los pueblos del mundo. Desde muy joven se incorporó a la docencia. Enseñó estética y lógica, en el Colegio Nacional Mejía y en la Universidad Central, que fueron los centros en los que se educó. Dejó en sus alumnos la impresión de una inteligencia clara y razonadora, que es la que usualmente se hacía admirar también en el coloquio íntimo y en la intervención pública, generalmente de orden académico. En sus años de universitario fue un político entusiasta, de ideas izquierdizantes. Fue uno de los fundadores del partido socialista ecuatoriano. Ya entonces tuvo acceso a funciones importantes, en el Gobierno como en el Parlamento. Pero su destino le reclamaba desde otros campos. Entró en el servicio exterior de su país, con una vocación bien definida y una ejemplar honestidad. Fue Embajador en capitales de Hispanoamérica y de Europa, y mientras cumplía su misión en Bruselas le sorprendió la muerte. Dentro de la literatura ecuatoriana el caso de Gonzalo Escudero es digno de la mayor atención crítica. Apenas contaba quince años de edad -es decir era alumno de los primeros cursos de colegio- cuando publicó un libro de su propia creación “Los poemas del arte” (1919).

El título parece expresar por sí solo el carácter parnasista de éstos. Y tal predilección del novel autor es explicable.

Si el ímpetu de corrientes renovadoras, que se entrecruzaban sin orientaciones comunes ni muy definidas, iba sofocando los últimos rescoldos del Modernismo en una y otra esquina del continente, en este país en cambio, en esos mismos años, aquellas cenizas ponían a volar, rediviva, la estética que caracterizaba a dicha tendencia. Por tan sabido no debería ni siquiera repetirse que uno de los vertederos modernistas (movimiento hispanoamericano sostenido, sobre todo, por las respuestas espirituales francesas a la crisis del romanticismo) fue el de los parnasistas. Hubo en casi todas estas repúblicas, gobernadas por el compás inteligente y armonioso de Rodó y de Darío, una activa preocupación por las excelencias del estilo. Un laboreo de profesionales en la composición artística de la frase. Los simbolistas y parnasistas dictaban su ley de la música y de la cincelación helénica de las formas.

Gonzalo Escudero, adolescente desvelado por tempranas curiosidades intelectuales, en una edad en la que se es discípulo con aptitud para asimilar las normas de la técnica, pero no para penetrar en la densidad ideativa ni en las reconditeces sustanciales de lo filosófico, aprendió el deleitable ejercicio del lenguaje selecto, de las cadencias persuasivas y los rigores clásicos en el ajuste de la estrofa. Todo ello, además, coincidía con su natural inclinación a la pureza y su instintiva esquivez de lo vulgar, que se prolongaron hasta la última sílaba de su creación.

Aquel libro de “Los poemas del arte” contiene doce sonetos y algunas composiciones que se someten en su forma a los principios de una evidente ortodoxia lírica.

Además, corroborando el aludido gusto parnasiano, buena parte de tales versos giran alrededor de los temas del arte, de los mármoles en que éste se plasma, y de convencionales recuerdos helénicos. Pero esto

no impide, como ha ocurrido en la poesía hispanoamericana de esa época, y de otras épocas también, que por ciertos resquicios de sus frías expresiones se introduzca a veces algo como un aura de romanticismo.

Tres años después de su iniciación temprana, en 1922, Escudero publicó su segundo libro de poemas: “Las parábolas olímpicas”. Volvió entonces a mostrarse, como parece pregonarlo el título mismo, su profesión de lealtad y amor al parnasismo. Esta vez, por cierto, el alarde artístico de sus versos no fue sólo eso, ni tampoco el destello magnético que se ha proyectado de los libros ajenos. El autor ya tuvo algo íntimo, oriundo de su propia inspiración, de un alma que empezaba a probar su potencia genital, que poner en sus expresiones con innegable eficacia comunicativa. Eso le ayudó a conquistar una seguridad mayor en la elaboración de la forma. Y a dar una personalidad más acentuada a su estilo. Hay parábolas en esta obra - “como la del tronco, o la del abismo, o la del infinito” - que anuncian ya una elocuencia que se yergue con el ímpetu de los esdrújulos, que se establecieron luego en sus creaciones, y una predilección por lo cósmico. Pero no se olvide que Walt Whitman- el poeta de los temas del cosmos y de la naturaleza americana- pasó ya, a través de una rápida alusión, por el primer libro de Escudero.

En “Hélices de huracán y el sol” (1933), obra también en verso, se ha producido una maduración de atributos poéticos que comprende más de un decenio. Es notoria la fidelidad con que el autor ha ido estudiando los efectos verbales, mediante la selección de voces, la acomodación de ellas en el verso, el enlace, ya clásico, ya libérrimo, de éstos en las estancias. Es perceptible también la maestría con que ha ido disponiendo los acentos, o logrando la fuerza de los ritmos, o prolongando, con increíble vitalidad, las vibraciones de la palabra. A esas evidencias se une otra, muy significativa: la del acercamiento

estremecido -entre frenético y deslumbrado- a las características de la geografía colosal de nuestra América. Si el neoclásico ecuatoriano José Joaquín Olmedo fue orquestando todos los sonidos vigorosos, metálicos, heroicos, de los vocablos castellanos para recrear la atmósfera bélica de la independencia de estos países, Gonzalo Escudero pudo desatar un torrente idiomático de resonancias violentas para exaltar el imperioso determinismo telúrico. Hombre y naturaleza de este continente aparecieron en elocuente simbiosis, entre un cortante relampagueo de metáforas. Léanse, como demostración de ello “Hombre de América”, “Pleamar de piedra”, “Los huracanes”.

Este nuevo poemario reveló, por otra parte, que Escudero buscaba incorporarse, ávida pero conscientemente, a un movimiento pomodernista que había ya arrebatado a la lírica de nuestros países, bajo la suscitación de Vicente Huidobro: el Creacionismo. Con inusual arrogancia probaba éste a sus discípulos que era posible crear un mundo autonómico de la poesía, levantado por la sola fuerza de la imaginación y de los secretos dormidos en la energía del idioma. Una evidencia de la nueva posición de Escudero son sus versos de “La ciudad antártica”.

La pericia con la que se ensayan los más varios procedimientos técnicos en “Hélices de Huracán y de sol”, bajo la atmósfera cambiante de las tendencias posmodernistas -que la crítica agrupa bajo las designaciones de vanguardismo, de posvanguardismo, de ultraísmo -permite a este autor algunas libertades que lindan con abstracciones insospechadas, o la elaboración de poemas de excepcional pureza, como “Dios”, o “Tú”. El segundo de ellos, de tema amoroso, tiene un aliento de sensualidad y una eficacia comunicativa tan particulares, que en su campo es algo de lo más representativo de la lírica hispanoamericana. Del siguiente modo describe a la mujer amada:

“¡Más diáfana que un día de sol en un torrente!

¡Más perfumada que el ámbar de un pebetero!
¡Más prohibida que un libro que no se ha escrito nunca!
¡Más trémula que el grito musical de un pandero!
¡Más borracha de amor que una columna trunca!”

“¡Tú, el narcótico blando para la muerte bruja.
¡Tú, el pleamar de oro para mi último mar!”

La exaltación del lenguaje se fue remansando en los libros posteriores. El ritmo de las emociones ni la impresión dinámica de las imágenes sufrieron mella. Lo que ocurrió fue que el cauce conceptual dio un movimiento de sosegada profundidad a la fluencia expresiva. La inclinación esteticista de Escudero desembocó así, paulatinamente, en lo que le era natural: la majestad de un clasicismo renovado.

En “Altanoche” (1947) se dejó advertir ya claramente, como punto de partida en un itinerario de desasosiegos intelectivos, aquella noble disposición hacia la esencialidad de lo humano. Algunos de sus poemas descubren la filosofía acongojada de la muerte, de la vanidad e inconsistencia de nuestras vidas. En ellos parece estar resonando el clamor de las interrogaciones de las “Coplas” de Jorge Manrique. Por ejemplo, en “Altanoche”, composición que presta su título a aquel libro, dice Escudero:

“Este durar en el aire,
este finar en la tierra,
la pubertad de los ángeles,
la vejez de las estrellas,
la fábula de las nubes,
la rondalla de la arena,
iguales y desiguales,

¿qué son si no son apenas
presagios de eternidades
y memorias de presencias?”

Alusiones al gozo sensual del amor, al orgullo de la paternidad que renueva y prolonga su sangre en las arterias del hijo, y lamentaciones y ternezas constituyen la médula de estas expresiones líricas en que se ensayan con firmeza de maestro el soneto y el romance castellano.

Los poemarios que vinieron años después: “Estatua de aire” (1951), “Materia del Angel” (1953), “Autorretrato” (1957) e “Introducción a la muerte” (1960), elevaron a este autor al nivel de la estética más depurada. Algunas de sus composiciones, concebidas en sonetos, octavas reales y versos libres, nos hacen recordar la magnética gracia intelectual, la profundidad y transparencia de otros maestros del verso hispanoamericano contemporáneo. Y nos obligan a pensar que solamente en el vocablo transfigurado por la gloria de la precisión artística puede revelarse la intimidad del ser sin debilitamiento ni torceduras. Este tipo de creación poética demanda no sólo el concurso de la emoción, sino también el gobierno de las facultades de la inteligencia: parece, a la postre, el resultado de esos silenciosos y abnegados combates con el ángel a que se refería Alfonso Reyes.

Gonzalo Escudero es, a todo lo largo de la historia de las letras ecuatorianas, uno de los poetas más conscientes de su ejercicio lírico. Su estirpe es la de Góngora y Quevedo. En estructuras clásicas, y a través de una singularísima combinación de lo más moderno y lo más añejo, en que el arcaísmo se incorpora con gusto remozado al dinamismo de expresiones nuevas y originales, se han creado los principales poemas de madurez de Escudero.

La vida, encendida por la lumbre del amor y del gozo, y que se enlaza con la “ceniza enjuta”, con los “pétalos de yeso” de su fin inexorable, son el tema casi invariable de aquéllos. Una simbólica definición de su poesía la ha conseguido el propio autor en los siguientes versos:

“¿En dónde estás pisando mi aire, espada?
¿En qué liviano litoral, buída?
¿En qué fragua de pájaros, forjada?
¿En qué lagar de llanto orinecida?
¿Quién te doblega luz indoblegada?
Cáeme en polvo de centella huída
que yo te guardo en niebla de lamentos,
espada ilesa de los altos vientos”.

LOS POEMAS DEL ARTE

ELOGIO DEL ARTE

Arte que por ingenuo vienes con tus tesoros.
sobre los dromedarios de Thulé... Y en las gemas
y en rubíes y en mármoles y en basaltos y en oros
vas formando la euritmia de líricas diademas.

Buen Señor, con tus barbas de trigo y tus sonoros
rizos y con tus labios que forjaron supremas
ansiedades de ritmo en los divinos coros
y emocines vibrantes en los Rojos Poemas.

Zarpan ya nuevamente los sibilinos barcos...
Mil flechas de armonía van a huír de sus arcos...
curvos... Los barcos llevan tus perfumadas
pompas

hacia Reinos extraños donde triunfa la buena
sonrisa de Princesas, junto a la gran melena
de Príncipes que tocan las Heráldicas Trompas...

EL SENTIR

Sonoridad interna que en la quietud ambigua
nos da lo inexplicable de una emoción profana
y que, muy levemente, con la paz se amortigua
como en una siringa, una música hermana.

Y Pierrot comediante con la lágrima exigua,
como una evocación ingenua de la sana
risa que floreciera y que huyó con la antigua
comparsa de funámbulos hacia tierra lontana...

Sentir... Intensa sombra de cuerpos y de vidas
y la divina sangre de todas las heridas
que fluye eternamente como una Eucaristía

y cae sobre el ánfora de la sonora voz,
mientras la Buena Vieja ha segado con su hoz
rosas en el rosal de la Melancolía...

LA PIEDRA

Duerme la piedra vieja en su gran misticismo;
y en su opaca sonrisa como un Poema oscuro...
Vive con la sonrisa de su eterno mutismo
en la calma olvidada de un hierático muro.

Sintió de algún Artífice sacerdote el lirismo...
y en la ciudad de Memphis rindió su cuerpo duro,
y con el musgo hermano, en supremo idealismo,
se unieron y formaron su Mito eterno y puro.

¡Renacerá de nuevo tu emoción, y el vestigio
que ha dormido en tu seno un siglo y otro siglo,
surgirá de la sombra que su espíritu finge,

para sentir, y en tanto, en relámpagos rojos,
vislumbrarán las huecas pupilas de los ojos
que duermen quietamente en la Encantada
Esfinge!

LA FORMA

Fruto agreste de vida que en una plenitud
florida nos anuncias el triunfo de la rara
ensoñación que vive con la eterna inquietud
del cincel armonioso en el rubio Carrara.

Exotismo triunfante, pleno de juventud,
que bebes en los nítidos cristales de la clara
fuente. Sonoridad que arranca del laúd
la neurótica voz que nos interrogara.

Forma tan curvilínea que, en olímpicos frisos,
triunfaste con el oro suntuoso de tus rizos
o diste al viejo ritmo, el talle de una plástica

mujer de líneas griegas, o como una serpiente
que retuerce su cuerpo salvaje eternamente,
surgiste en los contornos de su figura elástica.

LA VOZ FLORIDA

Por el pardo sendero, bajo la hora serena,
uno tras otro, pasan los lentos peregrinos;
todos llevan el ritmo de alguna vieja pena
y la melancolía de los yermos caminos.

Y la quietud florece, como una sombra buena,
en las pupilas grises de sus ojos divinos;
el ánfora sagrada de su herida está llena
y gota a gota cae la sangre, en cristalinos

rubíes sobre el polvo, mientras una voz rítmica
interpreta el encanto de su timbre, en la eurítmica
canéfora que trae sobre su cabellera

el perfume de rosas y de cisnes de mito
y de los Lohengrines que, desde lo infinito,
anuncian el reinado de Hermana Primavera.

EL BRONCE

Bronce, tú repercutes la divina palabra
en la Comedia itensa del intenso sentir.
En el recinto oscuro de la estrofa macabra,
tu timbre interpretó el áureo revivir...!

Sea así. Y la gran puerta del lírico Arte se abra
para todo el que sienta el dolor del existir;
mientras, en la penumbra, el Artífice labra
tu ser con la alegría del fresco presentir.

Bronce, tu nombre trae la actitud escultórica
de una eterna theoría que pasa; y en la dórica
plenitud de la línea y el contorno y la forma,

tu cuerpo halla el perfume del loco Praxiteles,
y entre el sonido claro de los claros cinceles,
surge la cabellera de una plástica Norma.

VENDIMIA ROJA

Con pámpanos agrestes, la dorada conseja
trae el vino espumoso, mientras la vid crepita
entre las barras negras de la exótica reja
y al Interior satánico de Dyonisos excita.

Bebamos nuestro vino de la Vendimia añeja,
símbolo de la vida interior que palpita;
digamos un elogio por la lírica y vieja
Sinceridad, que habla con su voz infinita.

Como una ofrenda lírica, las grandes vides rojas
rinden su alma extasiada en las divinas hojas
y el buen vino coríntico con su paz elegíaca,

se desliza en la sombra aletargada y leve,
en una gota igual, eucarística y breve,
deshojando el poema de la uva adyonisiaca.

LA LOCURA

De toda Primavera es la florida hermana,
que viene con el ritmo de las muy buenas cosas
a tocar nuestra puerta con sencillez aldeana
y a decirnos el Salmo de las últimas rosas;

o a contarnos consejas que en alguna lejana
tierra se sucedieron, felices y suntuosas,
y a reír con la risa y evocar con la sana
mueca y sentir el éxtasis de manos temblorosas.

Locura y Primavera: almas buenas y locas:
el oro de los rizos y el rubí de las bocas:
la una siembra los granos, la otra cosecha mieses.

Optimismo potente, waltwhitmanesco y fuerte,
en la flor de la Vida se ría de la Muerte,
dejando entre paréntesis las yertas languideces.

EL RITMO

De la Vieja Rapsodia, suprema sinfonía
que nos abre la Ruta de la Gran Forma alada.
Máscara pierrotesca de la Buena Alegría
que con su gesto trae la estrofa perfumada

del suntuoso Poema pleno de melodía,
descubriendo el encanto de la Paz olvidada,
como una Egloga suave del Reino Fantasía
o el soliloquio claro de la Fuente Encantada.

Sinceridad y nuevas ensoñaciones locas
y junto a las fantásticas y puntiagudas rocas,
la vid que alza sus brazos como un Himno sonoro;

y en la selva divina, hecha de gesto enorme,
Pan que arranca las voces del Ritmo Multiforme,
en una carcajada funambulesca de oro...!

LA FE LIRICA

La bronceínea coraza de las almas altivas
que en su recinto tétrico el adusto Vulcano,
fundió en fuego divino de llamas sensitivas,
hizo temblar el bronce con su olímpica mano.

Tesoro inextinguible que en lámparas votivas
nos da el oro divino de su luz; y el Arcano
surge del Gran Enigma y en rosas emotivas,
florece el germen lírico que nos dio el Buen
Hermano.

Clave eterna y armónica que la radiante Palas
lleva en el timbre claro de su voz y en las alas
de los Cisnes Heraldos de la estirpe eucarística

esculpida en la albura de su plumaje, y Chronos,
graba la comunión de perfumes en tonos
de leyenda como una Mitología Artística...

EL MARMOL

Divino mármol, sientes en tu interior el Rito
palpitante del viejo cincel en la emoción;
y tu cuerpo sagrado da en cada golpe un grito,
cual si tu carne eterna tuviera Corazón...

Porque palpas la vida del sentir infinito
en la Psalmódica Artística del Olímpico Son
y porque tú resurges las voces del Gran Mito,
como un Himno salvaje de inquietud y de unción...

Buen Fidias Mitológico, el de la faz acerba,
creas tú de la masa una rubia Minerva,
encarnación heroica de Atenas y Corintho:

Divinidad de formas paganas y suntuosas,
desde la Gran Columna de líneas armoniosas,
hasta la euritmia regia del exótico plinto.

VOCES HERALDICAS

La gran multifonía de las locas Trompetas
y las risas fragantes y las fragantes prosas...
Junto a mármoles jonios, en las almenas quietas,
las buenas princesitas de los cuentos de rosas.

En el palacio armónico de ojivas y glorietas,
Nuestro Señor el Arte con las pompas suntuosas
de aquel muy siglo heroico de melenas inquietas
y de la plata vieja de las barbas undosas...

Y ante el trono florido, las doradas bandejas
con perfumes que evocan las antiguas consejas,
mientras, bajo los palios, las emociones raras

van desfilando una tras otra... El estandarte
de los viejos Heraldos anuncia que es el Arte
que pasa en la áurea carne de las estrofas claras...!

Quito: Mes de Marzo de 1919

LA FABULA GRIEGA

Y vino sonora la estrofa desnuda,
en la forma grácil de suntuosas líneas,
como una canéfora que triunfa en la ruda
plenitud y viene con sus curvilíneas

ánforas que ostentan sus relieves frisos
y en las que los sátiros con sus caramillos,
elogian la frívola edad y Dyonyosos,
siempre con sus pámpanos locos y amarillos,

sabe del primor de griegos crepúsculos
y habla con las sílfides en viejo coloquio
y mientras se ocultan rosas pies minúsculos,
entre la hoja seca, en un soliloquio

une risas claras en la pantheísta
paz que fue de un cuento jugosos y dorado
y la voz agreste de algún fauno artista
en la loca flauta de sabor alado.

Armónico gesto que nunca se extinga:
el dolor del sátiro por la ninfa incauta.
La Selva fastuosa vibra en la siringa
y el loco crepúsculo se extingue en la flauta!

Fábula tan griega, tan agreste y única,
que fecundas viñas, Muy Señora Nuestra,
de euritmia perfecta y plegada túnica,
Chronos te señala con mano maestra...!

HIPERESTESIA LÍRICA

ANUNCIACION

Son frescos frutos, como los de Paul
Verlaine, místico sátiro burgués
que evocando el perfume hecho de sol,

como un extraño paréntesis sonoro,
bajo la seda tersa de su tez,
va germinado su carne hecha de oro...!

PROSAPIA HERALDICA
CORAZON HERALDO

Como una hermana viene la florida Inquietud,
y es un País tan
lírico, que los faunos plenos de Juventud,
unen la voz agreste de sus siringas con
el multicolorde soplo de la flauta de Pan.
(Siringa y Flauta tienen una misma emoción...)

Un castillo destaca el perfil de sus muros,
sobre la carne extática de la más negra roca:
retorciendo sus formas los senderos oscuros,
trepan hacia la cumbre santamente desnuda;
ríe desde la ojiva el rubí de una boca;
serenamente brilla una coraza muda.

La prosapia blasónica de aquel Castillo es
una ingenua sonrisa del Heraldito que sin
polifónica trompa de regia anunciación,
lleva la roja sangre, bajo la fresca tez,
y guarda los rosales en un mismo jardín
y sintiendo, palpita y es nuestro Corazón...

PLENITUD AGRESTE
CORAZON SATIRO

Y el júbilo con su máscara, como un viejo clown
risueño,
La Fuente Melancolía con su extasiado verdín,
la Farándula Locura sobre el amargo polvo
Ensueño,
como una mueca inconsciente de lo que no tendrá
fin
y vino en una palabra prolongada y cabalística,
en un conjuro de ritmos, bajo la paz enigmática,
de una boca coralina y el roce de una eucarística
mano que nos evocara alguna quietud extática.

Fue en una senda ignorada. Incógnitamente fue.
Un charco copiar fingía el pantheísta coolquio.
prolongado los contornos como un turbio espejo
de
viejo cristal que sólo oye, su místico soliloquio
cuando una rubia hoja cae frívolamente sobre
agua temblorosa y gris, cuando una inquietud
enferma,
ríe en su faz convulsiva mientras el claro cincel
de las emociones hunde su cuerpo en la carne
yerma

del buen Corazón: un sátiro que ama lo que no vendrá
y ha dejado de tocar su flauta sin saber que
la ninfa que huyó en la fronda nunca jamás
volverá.
...Sólo en su fe y en las hojas quedó la huella
del pie.

LABERINTO
CORAZON SATANICO

La Parábola de Luzbel en un satánico friso.
Una rosa que de tan roja florece como de fuego,
y el más loco Paraíso;
luego

la macabra sinfonía de un saturnal Laberinto
que une las oscuras voces en multifonía rara,
mientras el Lirismo Joven elogia desde su plinto,
Baudelaire ríe en su tumba con su carcajada
clara...!

Primavera de 1919.

MITOS PROFANOS

Sentir y sólo ser uno en sí,
dentro del ritmo fragante para
llevar heráldicas sonrisas y
vivificarse en la Fuente Clara...

Muy sangre lírica de rosas rojas,
muy negra sangre de locas viñas,
carne divina la de las hojas,
sagrada carne la de las niñas.

Y bajo suaves líneas, las formas
de una bacante griega; y después
una tras otra, las Buenas Normas
de pie rosado y rosada tez.

Flauta de Pan, florida y loca,
y entre sus ásperos cuernos de chivo,
el rubí rojo de alguna boca,
en voluptuosos pliegue emotivo.

Fruto triunfante de gracia eximia,
la espiga rubia de ática siega.
Y en los racimos de la Vendimia,
el vino loco del alma griega.

Y lo Presente que se consume
en nuestra lámpara de fulgor lírico.
No toda rosa da su perfume,
pues muchas guardan punzón satírico .

Y lo Pretérito con su antifaz
y su ropaje sucio y raído...
Melancolía de eterna paz...
como un Hermano del Buen Olvido.

Y lo Futuro, como un artístico
vaso que encierra toda emoción,
guarda en su duro cuerpo eucarístico
toda la sangre del corazón...!

Se grabe el ritmo del loco Mito
con la sonrisa de la Athenea
y con la mano del Infinito
Sobre la Página Roja. Así sea.

Invierno de 1919, en la ciudad de Quito

LAS PARÁBOLAS OLÍMPICAS
1922

LAS PARÁBOLAS OLÍMPICAS

1922

PARABOLA DE LA LUZ

La luz trina como una alondra pasajera
deshilvanando un copo de bruma. Arde la pira
del Sol como una lámpara. Toda la primavera
tiembla en mi corazón como un cristal. Suspira
la música del huerto, tal como una garganta
de mujer. Pareciera que retorna Jesús.
La esquila pascual ríe como una niña. ¡Canta
la luz!

PARABOLA DE LA TINIEBLA

¿Qué?... La Noche. La ronda de los aparecidos
sonámbulos. Tiritita la ventana temblona.
Se desperezan los muebles envejecidos.
La puerta se recoge tal como una persona.
¿Alguien muere tal vez?... ¿Alguien?... yo me
pregunto.
El perro tambaleante se arquea. Tras la niebla,
yo siento su mirada, como la de un difunto...
¡La tiniebla!

PARABOLA DEL FUEGO

La carcajada histérica del ciclón desentona
el resoplido trágico de las llamas. Se prende
el Universo como una brasa temblona
en las ardientes lenguas del Sinaí que extiende
sus olímpicos brazos de piedra. Nos asombra
que el fuego ha de abrasarnos en el abismo ciego,
en el maravilloso vértigo de la sombra!
¡El fuego!

PARABOLA DEL AGUA

Hoy o mañana ¿cuándo nuestro divino zumo
temblará iluminado en la copa celeste
de un árbol y en la curva romántica del humo?
Hoy o mañana, ¿cuándo tornaremos en este
devenir? Una bruma, un remanso, una fuente...
Hoy o mañana ¿cuándo? ¿seré como una fragua
plena de sol?... ¿Y tú? Volverás transparente
como el agua...

PARABOLA DEL VIENTO

¡Bajo un cielo de estrellas consteladas, el viento
vendrá! Seremos otros. Y el huracán travieso
parecerá que sueña momento por momento,
parecerá que vibra del milagro de un beso.
¡Los senos ondulantes serán espuma frágil!
¡Los labios serán cuerdas de un estremecimiento!
¡Los cuerpos serán ánforas de liturgia! ¡Carne
ágil
como el viento!

PARABOLA DE LA ESPUMA

Qué más puede la espuma que cantar en su tono
simple, como una flauta de cristal que delira,
ahogándose en un diáfano suspiro de abandono.
¡Cada hilo de agua es como la cuerda de la lira
celeste en la que pone los ángeles contritos,
sus dedos aromados de aristocracia suma
apurando la copa de éxtasis infinitos
de la espuma!

PARABOLA DEL TRONCO

¡Llueve luz! El prodigio del tronco se agiganta
electrizado en ávidos estertores nerviosos,
como el tórax de un cíclope milenario que canta!
Las mujeres son como los surcos milagrosos
de la tierra que plasma sus curvas alegóricas.
¡Mi sangre será savia! ¡Y dará un grito ronco
la savia que explota en las venas pletóricas
del tronco!

PARABOLA DE LA ESTRELLA

Señor, tú lo comprendes, que mi sombra se acerca.
Rocía con estrellas mi ocaso indefinible.
Tú que nublas en llanto la pupila más terca.
Tú que nos purificas en la muerte invisible.
Tú que por el diamante de una jaculatoria,
prodigas el divino diamante de tu huella.
Siembra en mi corazón la lágrima ilusoria
de una estrella...

PARABOLA DE LA NUBE

En la ventana abierta, mi corazón...¡La gasa
de la nube flexible se despereza tanto!
¡Sé tú como la sombra de la nube que pasa
bajo el Sol que devana su luminoso llanto!
La nube contorsiona sus flancos de serpiente
con la sed milagrosa de un avatar que sube.
¡Y se funden las rocas en el dínamo ardiente
de la nube!

PARABOLA DEL MAR

¡Oh pretérito mar luminoso en cristales
glaucos! Yo no te pido más que una golondrina
de tu cielo balsámico. ¡Los húmedos corales
de los labios y el ágata de las conchas marinas
de los senos me han dado más que tu cabellera
transparente! Tu espuma nunca me hizo llorar,
como los ojos de ella... Mi corazón te espera
¡oh mar!

PARABOLA DEL ABISMO

Fue cuando las montañas del ébano se rasgaban
tumultuosas. Rompían el huracán la sorda
sinfonía. Las manos rudas se entrelazaban
en un lazo epiléptico de muerte. ¡Sursum corda!
El abismo ciclópeo gritaba. De su alfombra
se levantaba Dios. Yo me perdí en mí mismo.
¡Y aquel abismo fue pequeño ante la sombra
de mi abismo.!

PARABOLA DE LA MIES

¡Ilumínate en el júbilo transparente! El arquero
de la risa dispara sus flechas. ¡Gran guignol!
Cada músculo tiende su contorno de acero,
como para torcer el camino del sol!
Vibra la mies su lírico alborozo temblante.
Como un clown piruetea el estío. Después,
cada grano parece recoger un diamante
de luz ¡Canta la mies!

PARABOLA DE LA BRUMA

Otoño. Parálitica la bruma se retuerce
desgarrando su cuerpo en los tilos. Yo pienso
que la mejor dulzura está escrita: perderse
lánguidamente, como la bruma del incienso,
aromando unos labios húmedos y tranquilos,
como quien de una acacia trémula se perfuma,
luego soñando sobre los románticos tilos,
morir como la bruma.

PARABOLA DEL ROCIO

Rompe el cielo pascual de la mañana aviesa
una fuga de alondras cantoras. La mañana
es una colegiala romántica y traviesa,
que en la copa del huerto, la risa casquivana
bebe hasta ahogarse. ¡Y húmedos los ojos
relucientes,
abandona al recuerdo que pasa como un río
su corazón, ahogando lágrimas elocuentes
de rocío!

PARABOLA DE LA MONTAÑA

¡El olímpico torso de la montaña es como
la vértebra del mundo! ¡Quién pudiera
aprisionar el mundo, fundiéndose en el lomo
de la montaña, como la llama de una hoguera!
La roca se estremece como una carne viva.
El fuego milagroso del Tabor en la entraña
del abismo. ¡Soy como la roca sensitiva,
de la montaña!

PARABOLA DE LA BRISA

¡Oh la noche del húmido pinar sobrecoigido
siempre cordial! Un sueño... Caperucita Roja
de los cuentos volvía por la senda. El oído
escuchaba la música del silencio. Una hoja
describía en el aire trazos imperceptibles.
La niña a los luceros tendió la mano lisa
y sólo respondieron las alas invisibles
de la brisa...

PARABOLA DE LA NIEVE

¡Oh cómo se parece la nieve sensitiva
al toisón evangélico de los rebaños cuando
como en las Escrituras, en la esmeralda viva
del campo, los corderos se paseaban llorando!
cuando Santa Teresa de Jesús recogía
el ámbar de su seno estilizado y breve
del divino contacto, ¡también se retorcía
la nieve!

PARABOLA DEL SOL

¡Oh, cómo no quisiera llenarme de infinito,
con una sed mejor de purificaciones,
mientras el sol sonoro musicaliza un grito
sobre la sinfonía de las constelaciones!
Multiplicarme como cien átomos de arcilla.
Espiritualizarme. Fundirme en el crisol
de tu cuerpo. ¡Esconder toda una alma sencilla
como el Sol!

PARABOLA DEL INFINITO

¡Aquel grito
rompió al sol en mil átomos!; Se habían desgarrado
las arterias del sol sonoro! El infinito
cincelaba la carne de un cíclope -curvado
el muslo que recorta cien grietas ondulantes
pletórico el divino tórax iluminado-
¡Era Dios aquel cíclope cincelado en diamantes!
Tengo para mi abismo, las adivinaciones
de una Cólquide erguida en finos alabastros,
donde el clamor ciclópeo de las elevaciones
va apagando la sorda música de los astros!
Donde junto a las rocas que hienden una arista
de acero al Infinito, se iluminan los rudos
semblantes, donde bajo de la tarde amatista,
los brazos estrangulan a los troncos desnudos!
¡Infinito Levanta la testa milenaria
clavando los tentáculos de bronce más adentro
en el Espacio. ¡Apaga la lámpara incendiaria
del Tiempo, mas no puedes ahogarnos, porque el
centro
del Universo entero somos los hombres! ; Cantan
los hombres que forjaron los siglos tumultuosos
con sus bíceps de mármol! ; Los hombres se
levantan
ciegos como las cumbres! ; Arden estrepitosos
como las llamas! ; Luego mueren y se agigantan!
¡Infinito! ; No puedes asir tus dedos rudos
a mi garganta, porque se funde en mi estertor
a la escultura olímpica de los troncos desnudos
el estremecimiento del Tabor!

***HÉLICES DE HURACÁN
Y DE SOL
1933***

**HÉLICES DE HURACÁN
Y DE SOL
1933**

HOMBRE DE AMERICA

¡Hombre de América!

Hombre torrente y cataclismo,
con una mordedura de llamas en el pecho.
¡Naciste de una piedra que rodaba al abismo
y eres un ventisquero con dos garras de helecho!
Tremaban huracanes de oro...

Escuché en mí mismo:

“¡Hágase el hombre”!

Entonces grité:

¡El hombre se ha hecho!

Saltaba el Universo con su coz infinita.
¡Y tremolaste el látigo de rugido que blandes
-cuando la tierra negra se encabrita-
y a cada latigazo galopaban los Andes!
Trepidaba el Océano fragante.
Trastornaba el diluvio su crátera en las combas
de tus órbitas ciegas. ¡Y tu vara gigante
sumergida en tu puño, salpicaba mil trombas!

La selva te anudaba la espalda.
Se diría un lunático río verde que corre,
o la espiral de una guirnalda
que ciñe el torso de una torre.

Revoloteaban cóndores en tu cabeza brava
-insectos de la lámpara de los amaneceres-
¡y aprendiste a beber en los cráteres lava
para que den a luz volcanes tus mujeres!

Hombre de los dos puños crispados que se estiran,
esgrimiendo los cedros como si fueran mazos.
¡Morirás entre un coro de alondras que deliran
o con las mil luciérnagas de mil arcabuzazos!

El hoyo de tu mano espera el salto de agua
torrencial par el nuevo diluvio en tus barrancos.
¡Con el nuevo arco iris encenderás tu fragua,
mordiendo el pedernal de tus fémures blancos!

Jugaste malabares con los troncos de encina.
Dilapidaste el oro del estremecimiento
Y descendiste el hacha cristalina
de la cascada para decapitar al Viento.

¡Hombre de América!
Hombre cuarzo y estalactita,
risco de la montaña, rumor de caracol.
¡Si Tú vas a engendrar una estirpe maldita,
te crucificaré con tres dardos de sol!

Hombre de la cabeza tentacular que muerde
el cielo cárdeno. ¡Hombre que con el tilo
angular de tu brazo -en el infierno verde
de la jungla- estrangulas de amor al cocodrilo!
Hombre vertical, hombre fahir, dolmen y grito,
arrebol, piedra, flama, seismos, vórtice y ola,
si Tú puedes hacer piafar al Infinito
con los bengalas ígneos de una mirada sola.

Tu potro es la montaña crinada de pinares
y tu tren es la boa de oro que se derrumba
con tus convoyes de esmeralda entre dos mares
y la locomotora de su grito que zumba
Tu velívolo negro es el cóndor que lleva
en su gorguera blanca una hélice de espuma.
Tu monóculo triste es una luna nueva
y el humo de tu pipa romántica es la bruma.
El rayo es el obús de tu mano herrumbrada
y la tromba del mar es tu lamento.
¡Tu voz derruye, como si fuera una granada,
las catedrales góticas del viento!
Tu mordisco es el seismos, tu sollozo es el trueno
y tu tótem la bestia que tremola su pata.
¡Tu mujer es la tierra que te dará el veneno
de amor en una catarata!

PLEAMAR DE PIEDRA

Tierra mía, eres lo que yo soy.
Agua, metal y flama.
Lo que yo soy.

Tu me diste los brazos de árbol
para que me acribillen los dardos de los pájaros
Y pusiste la zarza en llamas,
como una orquesta de oro en la montaña.

Este sol tuyo es una pandereta
para nuestra danza en la luz.

Tierra mía, arremolínate
y alza tus columnas de sílice.

Yo quiero verte herida en el costado
por la lanza vertical de mi grito.

Oyeme,
Yo quiero se la torre sonámbula en tu noche.

He esperado desde mi nacimiento
tu tempestad de acero.

Ciudades náufragas como naves negras,
en tus trombas de arena.

Las antenas de hierro,
ametralladoras de los ecos.

Huracanes que ladran
como un diluvio de hachas.

El seismos,
carrusel de la muerte concéntrica.

Yo quiero que tu vientre innumerable
sea como un harmonium que cante.

Tierra, dame tu pleamar
de piedra para mi eternidad.

Tierra mía, y al fin, Tú y Yo,
cifras del logaritmo de Dios.

DIOS

Sobre la noche de ébano, tiendo mis manos
bárbaras
para buscar a Dios... Y enarbolo en mis mástiles
el silencio. Y conduzco huracanes alígeros.
Y hasta muerdo la fruta de tus dos senos núbiles
para encontrar a Dios en sus pezones túrgidos
maravillosamente convertido en miel límpida.
Y hasta quiso palparle en la caricia tímida
de los niños que penden como manzanas pródigas
del árbol de las madres. Y hasta en la llama pálida
de alcohol de tu mirada muerta. Y hasta en la
lámpara
que me hizo conocer tus dos flancos de náyade
aquella noche buena de los primeros pámpanos.
Y hasta en la madrugada de linos arcangélicos
de tu muerte, quisiera buscarle y en el trémolo
de una tarde sin fin con arcoiris diáfanos
y corderos pascuales de hatos inverosímiles
y golondrinas de oro y campaniles de ángelus.
Y hasta en las nubes blandas de un otoño
translúcido
que nos haga llorar si saber cómo...
céspedes
e berilo impalpable han caído de un álamo.
Mil grillos tintinean unísonos sus crótalos
e ilumina su doble candil una luciérnaga.

Estoy tranquilo. Floto en algodones húmedos,
mientras Dios se desmaya dulcemente en mis
párpados..

LOS DOLMENES

La niebla me ha vendado los ojos. Estoy ciego.
Tiembla el pinar como una cúpula
sobre mi cabeza rebelde.
La noche suena como un órgano.
Mis manos incandescen.
He apretado los troncos de los árboles.
Estrangulé los torsos de las mujeres
y rompí la tierra como un vientre.
¡Hoy, hoy!
¡Trueno, sorbo de Dios!
Mis brazos se agigantan como trombas oceánicas.
Y estoy solo
ante mi eternidad, como los dólmenes.
Nadie sabrá después quién sopló los ciclones.
quien abrió los abismos como fauces.
¡Nadie!
Huracanes, gritad, que estoy solo.
La niebla me ha vendado los ojos . ¡Estoy ciego!

TUNEL

Esta noche es mi túnel.
¡Vamos, vamos todos!
Marcha de las ciudades muertas
que crucificaron al sol.
Marcha de los hombres taciturnos,
cuyos pasos son piedras verticales en los charcos.
Marcha de los niños que harán de la noche
un aro tenso de ébano con guirnaldas de estrellas.
Marcha de los árboles tentaculares.
Marcha de los difuntos que se levantan
con la llama extinta de los ojos cóncavos.
Distancias últimas.
Palabras últimas.
Los gallos cantan,
mientras sus aletazos
-golpes de remo de la marcha-
¡hacen sonar al sol!

LOS HURACANES

¡América, tierra negras con alas!

Y los poetas muertos no irán a los sarcófagos
de rosas, sino a todas las fauces de los cráteres
Así América será una tempestad encendida en la
noche
y un resplandor de lianas en el día

Poetas: apagad todas las lámparas,
si arden los Sinaís de las palabras,
si somos pedernales
que hacen brotar en cada chispa
el improntu de la tierra.
Temblor unánime que pasa
por nuestras vértebras de cóndores.
Alarido de Job que despierta a los lobos.
Naufragio de los bosques pretéritos
que oyeron el primer arcabuzazo
de los hombres blancos.
Rocas verticales que caen como dólmenes
sobre los páramos de briznas de oro.
Ventarrones de humaredas distantes.
Montañas que se encabritan como potros.

Ríos torrenciales que se derrumban
con epilepsia de dioses jóvenes.
Garra del ventisquero humeante.
Carne de cobre que se incendia

bajo el palio de los cactus.
Boas que viajan como trenes alígeros.
Hombres turbios que estrangulan al sol.
Vírgenes de vientres tostados
desnudas sobre los huracanes.
Madres que dan a luz
sobre las madrugadas dulces.
Río tremolante que se oye a sí mismo
al desgajar prismáticas a las piedras.
Cascos de ébano de los corceles fugitivos.
Malabares de resplandor que naufragan
en los valles cóncavos.
Barrancos heridos
por las tizonas líquidas de las cascadas.
Huracanes que derriban a los robles.
Incendio de berilo de las selvas.
Tormenta que descuaja a los árboles.
Lagos, cacharros para beber los plenilunios.
Pumas que saltan con sus torsos de mujeres
vencidas.
Hogueras que salpican a la tiniebla
con surtidores de fuego.
Diluvio de estrellas para construir el arca
de nuestra muerte inmortal,
con el cedro oloroso de la noche
y los dos clavos húmedos de tu mirada.
Y Dios que oye el silencio.
¡Y el tiempo. Y los guijarros. Y los hombres
que ruedan a los vórtices!
El rondador, el rondador

es el viento,
la raza,
la distancia,
la desgarradura de la cordillera,
el zodiaco del sol ebrio.
Y es la raza.
Los muertos izados como lábaros.
Los muertos que claman.
Troncos de encinas bárbaras.
Monolitos horizontales.
Torreones calcinados.
¡Los muertos!
¡Ellos!

Los que blandieron las hachas himnicas,
y agitaron los mazos,
y aguzaron las piedras lisas,
y humedecieron las claridades
con su voz diluvial.
¡Ellos!
Traen en sus ojos escarabajos lucientes
y rocío del césped.
La tierra camina como un barco
y se arremolina como un océano.
¡Los muertos!
Ellos!

¡América, tierra negra con alas!

SIN PALABRAS

-Los querubines se embriagaron
sobre la copa de los álamos...

-Déjame dormir, oboe
del viento.

-Oyeme, óyeme...

-¿Ella piensa tal vez?

-No. Sueña.

Han caído sus manos trémulas
sobre los senos blancos,
como las alas de los pájaros.

-Déjame dormir.

-¡Si nunca
tendrá la boca tan húmeda,
como esta noche!

¿Es el rocío
de los pinares? ¿Vaho tímido
de la niebla en sus ojos claros?

-¡Quién sabe si está llorando!

-Déjame dormir, oboe
de la muerte...

¿En dónde estoy, en dónde?

-Los querubines se murieran
con la embriaguez de las estrellas...

-Calla, calla, si Ella era apenas
como una brizna ligera
que vuela sobre una luciérnaga,
como la escarcha de las fresas
núbiles sobre la pradera,

como un disparo de luz gélida
en una ventana abierta,
como un cristal que se rompiera
cuando se lo besa apenas...
¡Calla, calla! Si hoy está muerta,
como una alondra viajera
en un surtidor de perlas.
- Los querubines afligidos
lloraron ebrios de infinito...
Rodaba luz en los abismos,
como un guijarro o como un grito.
Y una guirnalda de suspiros
temblaba en el aire límpido.
El sol vendaba con sus hilos
a los zagales heridos
con la tiniebla de los tilos,
mientras hacían los niños
de los arcoiris tímidos
cuerdas de saltos unísonos.
Saltaban los dedos lisos
del viento. Y eran los pífanos
desmayados sobre los mirtos.
¡Y mi dolor era un himno
de malabares encendidos!

LA CIUDAD ANTARTICA

Lámparas de acetileno
suspendidas de un hilo de espanto,
que bamboleantes dicen
el no de las muchachas en cinta,
cuyo vientre es un acordeón que aúlla.
Esqueletos patinadores
vendan sus órbitas con niebla
para no ver a sus amantes viejas.
Las brújulas señalan el ombligo de las mujeres.
Las torres tienen
su corazón de bronce enmohecido.
Campanarios que muerden
con sus dientes metálicos al viento
y beben a la noche, boj de cerveza negra,
y juegan a los dados con estrellas.
La Eternidad camina
en la ciudad antártica.
Los malandrines creen estar ciegos
y buscan para lazarillos
a los osos lunáticos de pétalos de pieles.
Dandys empedernidos
usan monóculos de burbujas de agua
y prenden sus cigarros con bólidos.
Los relojes orinecidos marchan hacia atrás,
con sus doce garras para estrangular a los hombres
que les han dado marcha.
Los barcos persiguen icebergs como sexos
con su anclas congeladas de miedo.
Crecen los alaridos
como muchachos de trece años.
En esta noche paten los trineos

a visitar a la muerte.
Y tenderán a los arcoiris,
si los puentes de bruma se han hundido.
Van los perros,
con camisas de frac, al cielo.
Y la ciudad antártica
compra algodón para hacer nubes.
Las casas tienen
las vértebras dorsales de sus piedras
aplastadas por la voz siniestra
del Polo Sur que ladra.
Sus sombreros de teja,
por saludar a la noche,
dejan escapar a los espectros
que ahogan a los niños
y roban a las vírgenes los senos.
El sueño dispara un venablo
para cazar a un cometa titiritero,
cuya rúbrica es un alfabeto de colores.
Se oye la noche torrencial
como un circo de fieras.
Los bebedores guardan las madrugadas
en sus bolsillos, como navajas.
Sus narices son los tizones que inflaman
la dinamita del júbilo.
Las puertas se abren como párpados
para que el viento duerma en todos los lechos.
El hacha del espasmo decapita a los amantes
y hace saltar las cabezas unísonas
en las alcobas blandas.
Y las cuatro paredes son un puño apretado
para las gargantas de los moribundos
de la muerte antártica.

COLUMPIO DE ETERNIDAD

Estoy así mejor.
Con las dos manos diáfanas
para encender la lámpara en la noche,
cuando Tú vuelvas.

Tu estupor será blanco.
Será la noche negra.
El perro de la casa,
desde sus dientes saltimbanquis,
dejarán caer su lengua blanda
para lamer tus llagas.
Entonces serás la Misma.
Junco rosado,
Ola tibia.
Y crecerá el pinar cuando te diga:
Bienvenido seas.
Lloverá miel del cielo,
como en las escrituras olorosas.
Y para desnudarte,
esperé que lloren los lobos a la puerta,
como los niños ciegos,

y que el fogón apague tus tizones
y que los tilos cabeceen trémulos.
Y te desnudaré como el fresno romántico,
para luego ataviarte con la garúa de topacio.
Tu cuerpo
-vía láctea entre Dios y el Pecado-
será un brevario inédito
para las manos del silencio.
Creeré en Ti.
Serás una luz clara en el barco
de papel de mi espíritu.
El tiempo será un aro sin fin.
Y tu muerte: una cereza de oro en tus labios.

Estaré así mejor.
Con las dos manos diáfanas
para apagar la lámpara en la noche,
cuando Tú mueras.
Estaré así mejor.
Con la burbuja de tu muerte en mis párpados.

ASES

Aquí estoy. ¿No me ves? ¿No me oyes? ¿No me
dices

nada?

¿Por qué encendiste mis alas de vampiro
con los tatuajes ígneos de tus mil cicatrices,
ahorcándome en el húmedo cordel de tu suspiro?
Sobre tu espalda eléctrica eché mis dados: ¡ases!

Ases de tu sonrisa de azufre y tus descalzos
pies sobre la caldera de la noche. Fugaces
clavos titiriteros de tus pezones falsos.

Ases sobre tus muslos sísmicos y de tus brazos.
Sobre los infernales cohetes de tu grito.

Ases de tus moriscos y de tus aletazos.

As del ombligo impar de tu vientre maldito.

Ases de la gardenia que arde en tu boca roja.

Ases sobre el pandero flexible de tus hombros.

Autopsia de tu cuerpo sobre una mesa coja.

Casa de Usher. Pavilo verde entre los escombros.

Rabo, cometa nómade, lobo siniestro, diente
mortal, trece personas en la mesa y tres luces,
partículas volátiles de un espejo creciente,
arañazo de gato y caída de bruces.

Trece horas del reloj, sexo del tiempo. Muertos
que cabriolan de amor al ritmo de sus zancos,
ensatando en los mástiles de los mares desiertos
la banderola de sus doce dientes blancos.

Araña que nos roe romántica el costado.

Isodoro Ducasse que apura plomo hirviente.

Coces chasqueantes y ácidas que dispara el
ahogado,

petardos de vitriolo en la luz del torrente.

CUARESMA DE AMATISTAS TEMBLOROSOS

Cuaresma de amatistas temblorosos.
Madrugada.
Campanas volcadas sobre sus ejes de sándalo.
Clarinada de gallo.
El recuerdo tiene las pupilas vendadas.
Palma tendida y ágil del domingo de ramos,
esmaltada con sangre de esmeralda
y carne fresca de mujer.
Palma translúcida y batiente.
Oleada del silencio.
Lunes, sonrisa muerta.
Martes, fresno oloroso.
Miércoles, juglaría del suplicio.
Jueves, llaga encendida.
Viernes, alas abiertas de la crucifixión.
Sábado, misericordia del bálsamo.
Domingo, flanco henchido del incienso,
X del incensario, revoloteo de campanas.
¿En dónde estoy? En Ti, en Ti, pecado trémulo
de arrebatarte con la boca,
el siempre discreto y llameante corazón.

En Ti, en Ti y sólo en Ti.
No importa que lejana no me creas,
si mi tacto florece en tu cuerpo
pentecosteses luminarios.
Si he vencido la humedad de tus pestañas
con mi hálito.
Si he sorbido la crátera de tus senos,
como los querubines las nubes en el cielo.
Guijarro agudo en el horizonte geométrico.
¡Sí, así voy!
Como un resplandor de mis montañas hirvientes.
Como el huracán que enarbola catedrales de arena.
Como el glaciar ululante.
Como el bólido.

BARCO DE NUEZ

Nací galeote
para la tempestad mía en mi océano.
Sin más remos que tus brazos
y más grillete que tu recuerdo.
Arcoiris con golondrinas viajeras.
Cuerda para que salte el corazón malandrín.
¡Granuja al fin!
Columpio para los grumetes.
Este mar es mi mar.
Un boj de estaño líquido para los náufragos
en el bar de pizarra de los acantilados.
Este mar es mi mar.
Mi capricho es el humo, la mujer y el bostezo.
A los tres los muerdo sacrílegamente.
Emperador de las gaviotas.
Condotiero de las madréporas.
Pirata de los barcos de nuez.
Disparo golondrinas en lugar de palabras.
Mis cohetes son mástiles.
Mi sonrisa es el ancla de oro.
Malandrín afligido por la distancia,
mi silbo es un oboe de la noche.
Galeote de los remos de tus brazos,
pescador de las algas de tus senos,
buzo de los corales d tus pezones,
ya puedo morir...
Yo sé todo.

Todo, menos en donde estás,
ni en donde estoy.
Un boj, otro boj.
Carrusel del océano.
La cerveza es una cabellera de llamas.
Mi hélice crucifica a las sirenas.
Son mis luises los meteoros.
Yo sé flechar a los peces sonámbulos
como torpedos que muerden
el casco de ébano de los barcos.
¡Bah!
No quiero pensar
si te habrás muerto ya.
Hoy te escribo una carta maldita
en el tatuaje de mi brazo izquierdo.
Si te habrás muerto ya.
Cayeron en mi pipa estrellas húmedas.
Yo sé fumar constelaciones
a ascender a las torres de las trombas
con el cordel de mi sollozo.
Alzada de hombros, cordura del mar.
¿Y qué más da?
Un boj, otro boj.
La cerveza es un amanecer en los párpados.
Sabiduría de los tímpanos.
Aurora boreal de los sueños.
He colgado en la grúa más alta
los bengalas de mis esplines.

Yo creo en el mar y en mi muerte.
La noche pasa a través del tiempo como un
calambre
en el vientre de una mujer parturienta.
Y Ella ¿qué se yo?
Pabellón de algas.
Acantilados últimos.
Es preciso echar la coza, el aletazo, el grito!
Muerte para callar mejor.
Para sonreír.
El viento me ha tostado el semblante marino.
Soy un tritón.
Un boj, otro boj.
La cerveza es un túnel.
Sobre la nave cóncava
el caracol suena tu distancia.
La bocanada de humo es mi amante.
Algún día me desvaneceré con ella.
Y el bajel náufrago
dará un salto mortal a los luceros.

Este mar es mi mar.

Galeote sin galera.
Yo perdí mi galera
que era tu cuerpo de álamo en el viento.

TU

Tú, sólo Tú apenas Tú en los desvaneceres
últimos de la llama de este candil de barro.
Río de miel dorada para ahogarme. Tú eres
hecha para morderte de amor como un cigarro...
Tú, la pluma ligera y la brizna volátil
y el copo de sol ebrio en un pinar de asombro,
mientras una caricia húmeda como un dátil,
se resbala en la piel de uva dulce de tu hombro.
Tú, la alondra azorada sin alas y sin nombre
que enciendes dos luciérnagas en tus pezones
rubios.
Tú, la guirnalda trémula para mis brazos de
hombre.
¡Tú, el arcoiris tenue después de mis diluvios!
Tú, la envoltura tibia de olor de mi fracaso,
la albahaca rendida en los dos muslos tersos.
¡Tú, el absyntio mortal en el ónix de un vaso,
si mordiendo tus senos tengo dos universos!
Tú, el salto de agua clara que no se oye y la chispa
vigilante que apenas es una estalactita
de estupor en mi cuerpo bárbaro que se crispa,
¡como la arquitectura de una tromba infinita!

Tú, el hemistiquio de una galera que me envuelve
con sus remos que son dos tobillos de nardo.
¡Y tu alma de gacela tímida de disuelve
dentro de mis radiantes vértebras de leopardo!
¡Tu carne de pantera flexible que me acecha!
¡Tu carne ocre de amante núbil y de serpiente!
¡Más eléctrica que una mordedura de flecha!
¡Más diáfana que un día de sol en un torrente!
¡Más perfumada que el ámbar de un pebetero!
¡Más prohibida que un libro que no se ha escrito
nunca!
¡Más trémula que el grito musical de un pandero!
¡Más borracha de amor que una columna trunca!
¡Tú, el suspiro que apenas es un aro que rueda!
¡Y Tú, el mordisco que es un cohete que salta!
¡Tú, la crucifixión de un mirto en la reseda!
¡Tú, la campana lírica de la torre más alta!
¡Tu, el álamo que tiende su índice a la burbuja
del cielo, como un niño que quisiera llorar.
Tú, el narcótico blando para la muerte bruja.
¡Tú, el pleamar de oro para mi último mar!

MUJER DESHABITADA

Mujer deshabitada,
¿por qué estas luces en tus ojos?
-uvas verdes bajo los párpados de oro-.
Apaga tus luces que yo vengo
con un tatuaje de estrellas en el alma negra.
No me conoces, no.
El ámbar de mi pipa es como el de tu vientre,
tostado por el mismo sol pirata.
Mujer deshabitada,
no quiero tus luces. Apágalas.
Yo arrancaré tus ojos con mi boca
- uvas verdes bajo lo párpados de oro-
Y entonces, mujer deshabitada,
entrarás en mí.
Para nada.
La sombra ha perseguido a la sombra
en esta casa deshabitada.
¿Qué?
Estos espejos cómplices
de los racimos de desnudez en el lecho,
hoy tiemblan como espadas de diamante.
Este reloj sonámbulo
que midió la centella de las caricias
y el pleamar de los vientres,
es una araña de doce patas de ónix.
Para nada.
¿Quién sabe si esta casa es un barco,
donde los muertos son grumetes?
Soy el ahorcado, sí, soy el ahorcado
en el palo mayor.
Capitán, Capitán, escúchame.
El único océano está en nosotros.
Para nada.

Mujer deshabitada
has entrado en mí.

NOEL

Noel:

Si usted quiere, conversaremos otra vez.

No importa de qué.

En este bosque de oro,

arquitectura gótica para las manos paralelas
de los niños ciegos.

Manos que se alzan y no descienden,
como los mástiles de los barcos,
de los árboles
y de las catedrales.

Noel:

es mejor que lloremos.

El gélido metal de su barba
tiene el óxido de la sangre,
sangre de los hombres que cayeron como
torreones,

acribillados por la aguja rítmica
de las alígeras ametralladoras,
¡máquinas de coser y de encuadernar
con la piel tostada de los hombres,
el libro de la inmortalidad!

Noel: todo es nada.

Quedan atrás los hombres claveteados
por el cuchillo del hambre.

Galeotes de las fábricas humeantes.

Encadenados de las usinas.

Atorrantes sin brújula en el mar de su
cristalería.

¿Qué importa la sonrisa suya?
Porque no sonreímos
sino rasgando las comisuras de nuestros labios
con las navajas de las estrellas.
Quiero en mi zapato de madrugada
apenas un escorpión con su espada,
como el arcángel San Gabriel.
Un escorpión negro que centellee,
como una moneda negra
en el ombligo de un cadáver blanco.
¿En qué lupanar desnudaron a la Torre Eiffel
para que sus tobillos de hierro tiemblen
con sus ajorcas de luces
y le muerdan las hélices borrachas,
dientes de los aviones vagabundos?
No, no.
Dados, dados y dados
de los edificios titiriteros
que tamborilan en el vientre tenso de la tierra.
No, no
Es preciso volcar las cúpulas
para apurar en ellas el último absyntio.
Aquí, las copas náufragas
Aquí, la muerte.
Cambio mi vida por una sonrisa
-lámparas nuevas por lámparas viejas-
¿y qué más da la eternidad?

ANGUSTIA COSMICA

Mi totem es una mujer desnuda.
Mi nombre es un pelícano de oro sobre un seismos.
La garra sobre la luz.
Pico de flecha impar.
Mástil del trueno.
Estallido negro en el océano del aire.
Suya la elipse innumerable.
Suyo el espacio cóncavo.
Suyo el diluvio.
Pero en un capricornio lívido,
caerá desde la cúpula de la tormenta,
como un cuarzo del cielo.
Entonces se encabritará el universo,
y de una cox eléctrica
hará saltar en el zodiaco
nuevas estrellas...
Huracán de la tierra parda.
Yo quería tu sed.
Yo te amaba.
Igual que a mí mismo.
Trémula torre de humo.
Arquitectura de espanto.
Yo te amaba.
Nadie más que Tú.
Y nadie más que Yo.
Así.

Huracán, huracán, huracán.
Iremos al mar para beberlo a sorbos,
como grandes niños atónitos.
Iremos a los vórtices un día
como la piedra lisa

para buscar diamantes.
Descuajaremos su vientre obscuro.
Para morder la carne líquida.
No podremos llorar con nuestras órbitas sin ojos
Huracán, huracán, huracán.
Lloraremos con nuestras catedrales flotantes.
Crucificaremos cóndores.
Clavaremos nuestras picas en el sol.
Y crecerán lianas de acero
en las cicatrices de la luz.
¡Montaña!
Apenas eres mi sombra.
Apenas mi alarido.
Este grito patético de cien siglos pretéritos
que es una mordedura en el pecho.
Espiral de rugido eterno.
Garganta estrangulada por mis puños.
Madre del ventisquero.
Tú eras la misma
de las tablas mosaicas y del becerro de oro.
¡Montaña!
Un día tendrás alas.
Las que yo te daré para volverte
un pájaro de piedra.
Yo iré hacia Ti con mis pies alígeros.
y Tú vendrás a mí como un campanario de viento.
Y haremos la tempestad.
Tus llamas y mis palabras.
¡Montaña!
Tú alzarás en mi muerte la necrópolis mía
y estarás muerta en mí.

EXODO

¡Huir!
Con las alas tendidas.
Con la desgarradura en el costado.
Con la escarcha en los ojos.
¡Huir!
Hacia los vórtices.
Hacia los remolinos de astros.
Hacia las vorágines de tiniebla.
Hacia la luz que prende la luz.
Hacia las espirales del trueno.
Hacia la fotósfera de Dios.
Hacia nosotros mismos.

Ciudad, mía te dejo.
Con los brazaletes de luz en tus torres ebrias,
en donde se vuelcan tus campanas,
mujeres de bronce en la pascua de los espasmos,
y se disparan las golondrinas
que picotean a los luceros sonámbulos.

Ciudad mía crucificada
con los clavos de tus portones
y los ojos de tus mujeres,
se mía en este amanecer unánime
con los senos radiantes de tus cúpulas
y las caderas de tus guitarras.

El bermellón de tus chambergos de teja.
es la piel de la raza.

Ciudad mía, te dejo
en tu éxtasis de piedra

y en tu llanto sin llanto.
Calles jadeantes,
cintas métricas de la angustia
en el titilimundi del sueño.
Plazas borrachas
con el vino blanco de una orgía de sol.

Ciudad mía.
Jinete en la montaña encabritada
que hurgas con los talones de tus murallas
el vientre de la tierra.
Habla
y di la palabra del trueno
en el páramo de oro.
Yo he de buscarte en la distancia de mi distancia
y he de encontrarte en el estanque de sus ojos,
con tu garúa que no se oye...
Soy una ascua de tu inmortalidad,
porque encendiéndote me enciendo
en la resina de tus maderas blancas
y de tus carnes trigueñas.
Se mía, más mía aún,
para encontrarte en mí mismo.
Haz tu diluvio sobre mí.
No quiero oírme y lloro.
Mi última banderola es el pañuelo
de alas como pentecosteses.
Banderola en el mástil de mis manos
que te acarician y la acariciaron...
Soy la ballesta de la madrugada.
No quiero hablar y me oigo.
No quiero oírme y lloro.

TATUAJE

Este Escorial que llevo adentro.
Angustia mía
en piedra viva.
2.673 ventanas para estrangular a la sombra.
1.200 puertas: 1.200 bocas cuadrangulares sin
dientes.
16 patios sitibundos.
9 torres como 9 navajas.
Herrumbre de los metales negros
y de los muertos calcinados.
Y sol, más sol, siempre más sol.

¿Qué se hicieron mis gritos
al morder estos muros?
¿Qué mis luces perdidas?
-tatuajes de la noche verde
en la tiniebla que galopa-
Cohetes ebrios de mil años.
¿En dónde estoy que ya no estoy en mí mismo?
¿Qué enfiladura de oro centellea
en este pleamar de mi vientre?
Grilletes de luciérnagas se anudan en mis manos.
Soy un San Sebastián
con los venablos de los ecos.
Vértice y vórtice.
Columpio en el Maelstrom.
Arbol de resonancias universales
con ramas de alaridos.
¿Por qué los ríos no se levantan como penachos?
¿Por qué los muertos no caminan?
La única arquitectura de infinito es la tierra.
Cúpulas y ábsides de las cordilleras.
Columnares del viento.
Atrios de las estepas.

Y ventanales del océano.
Y el fin sin fin que está en nosotros,
astillas cósmicas de miedo,
insectos mínimos que apagamos los élitros,
alondras ciegas en silencio.
Este Escorial que llevo adentro
no es mío.

En la rada del tiempo
hay un bosque de mástiles de acero.
Alas, olas, hélices.
Funiculares de trombas.
Montañas rusas de arcoiris
para todo los éxodos.
Vamos con todos los muertos.

Es necesario no saber nada.
Cuando las alas de los murciélagos
revolotean sobre nosotros
-paraguas contra la lluvia de estrellas-
Cuando las uñas de las manos
han crecido siete centímetros
-hojas para matar a los niños-.
Cuando las mujeres orinan como ranas,
mientras nosotros soñamos nuestros libros
inmortales.
Atrás, atrás todo.
Aprendamos a dar coces
que todos los perfumes murieron
en las axilas vagabundas.
Venga el tonel del amontillado
para enterrarnos vivos.
Escorpiones en medio de una elipse de fuego.

Este Escorial que llevo adentro.

ELEGIA DE MI MUERTE

Columpio de oro tibio.
Túnel de escarcha.
Convoy de vidrios deslustrados.
Soy un témpano
con los líquenes blancos de las manos.
Era mucho. Era tanto.

No más arcoiris.
Ni hélices.
Ni acantilados.
Nómades huracanes míos
que hacían danzar a los barcos borrachos.
Era mucho. Era tanto.
No más luciérnagas brujas.
Ni jabalinas de topacio.
Apenas lo que quiero es arrojarme con el calcio
de esta tierra que sabe enflorar a sus mástiles:
álamos, álamos, álamos.
Era mucho. Era tanto.

No más panderetas.
Ni bengalas.
Ni llanto.
Apenas una brizna de este sol sonámbulo
que enciende las cerezas de los pezones cárdenos
en las medias manzanas núbiles de los senos.
Era mucho. Era tanto.

No más Tú.
Nunca más Tú.
Ni los pentecosteses dorados
de tus éxtasis largos.

Quiero morir en tu recuerdo,
como muere un olor en otro olor amado.
Era mucho. Era tanto.

No más ascuas de tu boca.
Ni amatistas de tus lágrimas.
Ni bermellón de tu júbilo mágico.
Apenas la pluma
de una caricia tuya que se resbala
sobre mi piel de hielo antártico.
Era mucho. Era tanto.

No más cráteres de miel bermeja.
Ni aceite perfumado.
Ni mirra para el humo ingrátido.
Apenas una música que suba hasta mis párpados
-hasta hacerme llorar-
como si fuera una burbuja en un vaso.
Era mucho. Era tanto.

No el ónix de tu cabellera al viento.
Ni el azafrán de tus uñas gemelas.
Ni el ámbar de tu vientre pálido.
Apenas una sonrisa clara,
diamante de un veneno blando.
Era mucho. Era tanto.
Esta noche, se escucharán mis pasos
en todas las distancias del espanto,
mientras los postigos de las ventanas
acribillen con sus agujas de ópalo
a los caballos encabritados.
Vino negro. Vino negro.
Más, siempre más.

Aldabonazos. Aldabonazos.
Este bosque de sombras se estrecha como un aro.
Más, siempre más.
¿Quién apagó la lámpara?

No.
Yo quiero ser un ventisquero de mi montaña
con los glaciares de mis brazos.
Nevera de eternidad para todos los ríos blancos.
Cobre, hierro y cuarzo.
Risco bravío en la mitad del páramo.
Yo quiero ser un canto bárbaro
cantado por todos los pájaros.
Todo, el Todo que tiembla
en el agua de argento de un cachorro.
Tengo sed de mí mismo en el espacio.
Y clamo.
¡Porque al fin blandiré la espada de un relámpago
sobre la tempestad de mis últimos astros!

ALTANOCHE
1947

EVASION

Todo es nada.
Atrás de mí hay un grito.
Después de mí hay un grito.
Geometría blanca de la angustia.
Astillas de cristal en mis ojos.
Hielo que es agua.
Agua que es luz.
Luz que es eternidad.
Ya no soy nada, pero soy más aún,
ascua lineal sobre la piel del mundo.
Deltas de mi rugido en el silencio.
Atrás de mí quedan las lianas muertas.
Después de mí nacerán lianas vivas.
Hay un río de argento bajo mis pies.
Habrá después un río de miel.
Todo es nada.
Después de tu cuerpo sólo el viento es cuerpo.
Al fin, estos cuchillos te han mordido como mis
dientes.
Nevera de tu vientre que termina
donde la noche en triángulo comienza.
¿Por qué los árboles andan?
¿A quién mirarán tus senos esta noche?
Atrás, atrás todo.
Hay que fumar distancias
hasta que el gemido sea un cono en el cielo.
¿Voy? ¿Vuelvo?
¿A dónde? ¿De dónde?
De ninguna a ninguna parte.
Hay que alargar las sombras,
como se estiran las figuras en los espejos cóncavos.

Toda velocidad es astigmática como el Greco.
Nuestro sino es el punto en movimiento,
ballesta, pájaro y aguja.
Hay que coser los puntos cardinales.
¿Quién ha dicho que el norte es norte?
No hay más septentrión que el que perdimos.
Disonar es sonar mejor.
¡Abajo las estrellas!
Hagamos la revolución cósmica
con la infantería de las cigarras
y la artillería de las luciérnagas.
¿A quién mirarán tus senos?
Era tu piel la piel del aire.
Y el aire es mío a bocanadas.
Tú eras una magnolia
con los dos muslos de guitarra.
Serás ahora un poco de neblina delgada.
Hay que ametrallar panoramas.
Ni el cielo es tierra.
Ni la tierra es cielo.
Hay que tragar distancias
como navajas.
Hay que ser la navaja misma.
La aflicción no tiene sentido en la llama.
Arder es entregar resina al universo
que nos dio 2 hidrógenos y 1 oxígeno,
fósforo y calcio en la madera eterna,
centella de magnesio en el instinto
para la combustión nuestra.
Es devolver el agua en bruma.
Eras apenas un sollozo con vestidura de cereza
Aroma que se palpa con los dedos.
Desnuda desde siempre como el topacio.
Eras y no eras.
Eco inasiado por la parábola de otro eco.
Buscada, encontrada y perdida.

Buscada: nube color de fruta.
Encontrada: fruta color de nube.
Perdida: ni nube, ni fruta.
Atrás de mí quedan las lianas muertas.
Después de mí nacerán lianas vivas.
Yo soy la liana sobre el abismo.
No hay tiempo atrás, ni tiempo después.
Yo soy un electrón que tiene sed.
Arquitectura mínima de un apetito máximo.
Álgebra de la gloria en el fracaso.
Hay que ser hálito en el hálito
y línea recta como la trayectoria
de una herida con hacha.
Ser más arriba es ser.
Hagamos pirámides es estampido.
La ignipotencia es prender fuego al fuego.
Ya viene el salto que trashuma a la tierra en el
cielo.
Para cerrar los ojos como los nenes
que vieron serpentear y ascender a la chispa
en el rabo de los cohetes acróbatas.
Para abrir los ojos como los electrocutados,
choferes de la muerte que no anda.
Para gemir como chirría la entraña
de un tanque de guerra que se detiene súbita
mente
ante los alfileres mínimos de un insecto.
Atrás de mí hay un grito.
Después de mí hay un grito
Yo soy el grito sobre el abismo.

París, 1933.

CUADERNO DE NUEVA YORK EN LLAMAS

Yo traía una sed sin tiempo
de ascuas geométricas en movimiento.
Todo mar es horizontal
como las mujeres que aman,
como las hélices de los autogiros nómadas.
Como la muerte larga.
Archipiélago de sonido
en un bosque de barcos.
Naípe de radas entre los dedos marineros.
Manos arriba de las grúas
ante las luces artilleras.
¿Quién dijo que en Nueva York hay estrellas?

Esta es mi cordillera.
Riscos de rascacielos.
Cóndores ciegos de los trimotores.
Sismo de boas coterráneas.
Lava de los convoyes aéreos.
Ventisqueros de las estaciones humeantes.
Nevada de las muchachas blancas y bárbaras
que escriben con los lápices de escarcha de sus
ojos
números como lágrimas.
Y así fueron los deltas de fósforo
en la orilla de estaño.
Así los muelles, piedra ajusticiada.
Así las burbujas de los ascensores de vidrio
subieron en los tubos de azogue de las casas.

Para que todos los hombres muerdan hierro
y los dientes enfloren la sonrisa de azufre
en esta archigalera
con remos lisos de piernas ocre de mujeres.
Hombres de ónice,
de cobre
y de topacio,
pero al fin todos, carbón combustible
en esta angustia cuadrilátera,
hocico de la usina magna,
caldera de un billón de ventanas
y diez millones de ahorcados que andan.
Orquesta de la noche verde
con los violines de los puentes ingravidos
y los acordeones de los túneles.
Manhattan hembra
entre los brazos líquidos de dos ríos grumetes
y el ombligo púrpura de Broadway.
Pero no más.
Algún día la noche será día.
Los mástiles serán bayonetas
y resina, la sangre negra.
Les crecerá pico de halcón a los aviones.
La cordillera de los rascacielos
echará coces cósmicas.
No se colgarán fardos.
Se colgarán hombres desde las bocas de las grúas
Y la luz dará a luz a Nueva York en llamas.

Nueva York , 1933

ZOO

Sol,
inventario del color.

Los caballos han aprendido a leer el mundo
en las frutas de vidrio de sus ojos.
Colonia nudista de las madreporas.
Grúas de chocolate de las jirafas.
Claude Debussy es apenas
la aguja de sonido de las ratas.
Convoyes eléctricos de las boas constrictoras.
Pantalones marineros de los elefantes.
Stravinsky es la pubertad de los gatos
en los techos de luna llena.
Metalurgia de los proyectiles de los pájaros
Cremallera de cobre de la iguana.
¿Qué cordillera se encabrita como los camellos?
¿Qué trasatlántico enarbola los surtidores de las
ballenas?
Geodesia, sabiduría del caracol.
La erudición de Marx es el soviet de las hormigas.
Los pingüinos son los camisas negras del hielo.
Carlos Chaplin se doctoró en el salto de los
antílopes.
¿Quién resolvió la ecuación algebraica de una
serpiente X?
¿Qué nodriza británica como el canguro
en que Freud aprendió a balbucear la libido?
Relojerías de las ostras.
¿Qué cortesana vistió en invierno como los
armiños?
Los avestruces raudos son los automóviles de
pluma.
Traje dominical de las cebras peninteciaras.
Araña títere en los andamio de cristal.

Y todo para que el murciélago abra el paraguas
de la noche.

Quito, 1935.

GEOGRAFIA ILUMINADA

Te he desnudado
como se desnuda a una llama de alcohol
entre los dedos de una pluma,
sin más itinerario que tu sollozo.
¿Quién leyó tus asombros
en los venablos de tus cejas?
Vuelta del mundo en los hemisferios
fragantes de tus pechos
para el descubrimiento de dos islas gemelas.
Esquí del tacto
en la cima nevada de tu cuello.
Brazos peninsulares del gozo.
Dientes exploradores en el Congo de tus cabellos.
Piratería en rojo de la lengua
en las bahías de veneno.
Istmo de continentes de jade
entre un mar blanco y un mar negro.
Creciente de topacio en los ríos
del estuario amatista de tus venas.
Catarata del Niágara de tu grito en el viento.

Fatiga, vapor de agua en los ojos,
y bruma en el hastío de los cielos.
Nada pasó en el polo,
prisión de témpano,
donde un suspiro puede cegar a una luciérnaga.
Inutilidad de los espejos,
si tus uñas revierten imágenes de hielo,
donde se apaga el sol de media noche
hasta la aurora boreal de tu cuerpo.

Quito 1935.

CONGO DE LA MADRUGADA FUTURA

Sol deshollinador de la noche,
hulla dorada en los cacharros vacíos
de los trabajadores del mundo.

¿Cuándo las bocas se afilarán como espadas?

A nuestro tiempo le han nacido colmillos
como a los elefantes y a las máquinas.
Digamos que no hay hambre
para que sonrían las cremalleras y las muchachas
y se venda la primavera
en frutas de metal de las fábricas.
Los vagabundos son los peces de hielo de las
vitrinas.

Almas baldías de los caballos
desde que se inventaron los ómnibus.
Amargura de las luciérnagas.
en las ciudades iluminadas

¿Cuándo las lágrimas se repujarán como navajas?

La uva prieta de la sed ha crecido
en racimos de llama.
Gavillas de hombres acuchillados
por los jabalíes del viento.
Taladros de cristal que se amotinan
en las distancias congeladas.

¿Cuándo los puños se alzarán como dragas?

Toda la tierra es nuestra.

A nuestro tiempo le han nacido ruedas
como a los trenes y a las avalanchas.

No importa que las camisas desgarradas
icen banderas blancas de lava.

si nuestros intestinos son cartuchos.

No bastan las poleas de los arco iris
para flamear pabellones de ahorcados,
que éste es el gongo de la madrugada
contra la campana de carbón de la noche,
el sismo de los dientes contra las torres,
la marejada de los muertos

contra las esclusas de balas,

que en nuestra muerte

las uñas crecerán como lianas,

para que amanezca la historia bárbara:

hoz de luna creciente

y martillo en el yunque de las montañas calcinadas.

Quito, 1935.

BOTANICA DEL LAMENTO

Tiempo de vidrio en el reloj de la burbuja
para la salutación matinal de los hongos.
Las lianas han crecido como los niños y las nubes.
Nada podemos hacer en este barco verde
contra la piratería de las frutas.
Verde vegetal de nuestros deseos
encarcelados en las nueces.
Heliotropismo de miel de los senos y de las
granadas.
Alfileres del cactus hilandero,
fábrica del rocío.
Antenas de los álamos y de las jirafas,
para que la garúa,
telegrafía del agua,
suene en crótalos lentos de los sapos.
Colguemos nuestros recuerdos
sobre los garfios de la piña.
Nuestro bostezo vale las esterlinas de la toronja.
Martirologio de San Lorenzo y de la castaña
en la jadeante fresa de los rescoldos.
Alambre de la zarza en llamas
contra las bayonetas de escarcha.
Hospital de sangre de los tomates.
Manos de Paderwsky de los helechos
sobre las teclas de los tímpanos.

¿Qué se hicieron tus hombros,
acantilados de naranja,
la orilla de durazno de tu vientre
con las trombas de plátano de tus caderas?

Todo es igual al viento borracho
en el columpio de los ecos.

Quito, 1935.

BIOGRAFIA DEL HUMO

Nuestros vestidos grises inventaron
el humo forastero,
alto de eternidad liviana
en la infancia del cielo.

Ascuas de bronce en las narices
de los caballos madrugadores
que fuman dulcemente el tabaco del hielo.

Chimeneas nodrizas de los hombres,
amanecidos con hollín de sueños,
para teñir días iguales,
atardecidos en el tedio.

Itinerario de la hulla
en las locomotoras, hormigas de los cerros,
que viajan a la muerte
con la respiración rauda de los enfermos.

Sollozo de vapor de las muchachas,
tela de araña cinematográfica
donde se cuelgan los deseos.

Cañones de cartón en los cráteres,
beligerancia de los niños
contra las sombras y los ecos.

¿Qué fuera del plumaje de los pájaros
sin los telares de las nubes?

Razón del humo,
fotografía del viento,
donde nada se parece a sí mismo,
y la angustia se mide por milímetros
como el salto de una cuchilla en la niebla,
donde son y no son las puntas de los senos,
botones de cereza de los timbres eléctricos.

Humo, yo mismo,
fábricas de las imágenes fortuitas,
estrellas de alcohol en globos sin amarras,
volcadura del firmamento
en nuestra cesta de papeles inútiles,
capricho de amotinar al mundo
en astillas de espejo.

Nada se ha ganado, ni se ha perdido,
como no se gana ni se pierde un bostezo,
delta de humo en el aire sin tiempo.

Quito 1935.

BELIGERANCIA

Arboles artilleros de pájaros
se sublevaron contra el cielo.
Improvisó la madrugada
proclamas de rocío en los carteles de las hojas
y obuses de fragancia en las frutas.
Las condecoraciones de los luceros
fulgieron en los últimos hongos.
Soldados vegetales de musgo
taladraron a golpes musicales de escarcha,
túneles de trinchera en las piedras.
Los grillos inventaron máscaras de silencio
contra el perfume deletéreo de las magnolias.
Tecleó la pólvora del agua
las ametralladoras de las ranas.
Los perros deletrearon sílabas de cañones.
En las cornetas de los gallos
se oyó venir al sol, tanque de luz en alambradas.
Torpedos de los peces
mordieron a la flota de las algas.
Bosques heridos levantaron
las manos mutiladas de sus líquenes.
En hospitales de heno,
los asnos se vendaron con pañuelos de niebla,
en cuyas puntas enfloraron
los audífonos grises de sus orejas.
Los ríos incendiaron de espuma
las catedrales de las rocas.
Desde sus picos de hélice, los cóndores
soltaron panoramas
en bombas explosivas de colores.

Quito 1935.

RELOJERIA DEL SUEÑO

He cultivado naranjas como heliotropos en la noche
para un asesinato de olor.
Verdad blanca de tu cadáver
en el museo de mis fantasmas.
Perdiste la cabeza
como una silla de peluquería.
El agua te robó los remos de tus brazos.
Tijeras de humo te mutilaron las piernas.
Las ratas ebanistas de musgo
te arrancaron del vientre la luna llena
y templaron a golpes de alfileres de laca
líneas de luz en cuerdas tensas.
Amaneciste una guitarra con estatura de perfume
para un sollozo largo donde se cuelguen
racimos de ahorcados,
agujas del reloj a las doce horas verdes,
tiempo de madurez de la muerte
en la papelería del bosque,
donde las frutas caen como pájaros,
perdigones del sol en la escopeta del estío,
para el salto mortal de la llama
en el trapezio de azogue de los termómetros,
fabricantes de los climas en vidrio,
donde se lee que las nubes
inventaron a los osos blancos
y a las estatuas de las enfermeras,
cuya cruz roja en los pechos
es una cicatriz del beso de un enfermo.

Quito, 1935.

ALTAMAR DE VIDRIO

Al fin, última brizna de centella
en la oceanía negra.

Ninguna brújula como tu sexo,
metal dorado por el viento.

Ignoremos la eternidad.

Estos días que hacen los meses.

Estos meses que hacen los años.

Estos años que hacen la muerte.

Sólo tu vientre de jade es el tiempo.

Nadie leyó tu cuerpo astronómicamente.

Tu línea equinoccial tiembla en la punta de mis
dedos.

Náutica de tus piernas remadoras
en la orilla de un grito.

Aquarium de los sueños raudos,
donde se encienden y se apagan
los peces eléctricos de tus tobillos,
las jarcias de tus brazos,
los capricornios de tus senos.
Lo que Tú eres y no eres.

Tantas luces perdidas
en tantas desnudeces encontradas.

Este minuto se mide con cinta métrica de milenios.
La historia universal es tu sollozo de deseo.
Las naves corsarias te buscarán entre las algas.
Alga de humo corsario, Tú misma.
Tartana en dimensiones de aire verde.
Lo que Tú eres y no eres.

Hasta aquí no se ha perdido sino el tiempo
que demora un cohete sobre la piel de un eco.
¡Y qué más da?
Ignoremos la eternidad.
Los barcos de papel son tantos
como los mástiles de tus espasmos.
Todo es igual al muelle fortuito de tus hombros,
a la rada púrpura de tu cabeza,
a tu ombligo,
delta de un río mínimo.
Menudas cosas de piratería
en la tormenta finita.
Historia de abordaje en altamar de vidrio,
donde la burbuja es nuestro sino.

Quito, 1935.

IMAGENES DE AZOGUE

Ecós rapaces de orejas de papel
robaron a la noche utensilios de luces
y se desperdigaron en bicicletas de aire.
Nos encontramos en los patios de los espejos
con la respiración de azogue,
maremoto de piel en el sismógrafo de los dedos.
Ratones arquitectos del ábside mural de nuestro
grito
en la catedral del espanto.
Corto circuito de sus rabos de alambre
y del racimo de nuestros nervios.
La putrefacción de los cadáveres
en la orquesta de olor en nuestro mundo
desafinado.
Murciélagos inventores de las sombrillas de playa
y de los fonógrafos que fumaron
el tabaco rubio de las voces.
Echemos nuestros guantes
como si arrojáramos nuestras manos
segadas por el hacha,
para que nuestra uñas patinen en las pizarras
y suenen el agudo saxofón de los gatos.
Necesitamos garfios de araña
para trepar los alaridos
en la autopsia de los muchachos vivos.
No importa que nos mire
el ojo de las cerraduras cómplices
en los asesinatos glaciales,
si no sabemos como la bala de un revólver
es un perro de colmillos de plomo,
ni cómo se fabricaron túneles
cuando los motoristas de los trenes son negros.

Quito, 1935

ABORDAJE DE LA VIGILIA

Llanto de las muchachas encuadrado en vidrio..
Ocio de las madrugadas baldías
donde la piel del sueño es el papel del aire.
Historia y aventura de la nube en los ojos.
Descendimiento de una pluma en los párpados.

Los arcos de los niños se desprendieron de las
cebras,
asnos adolescentes con la pintura fresca
de los bancos de una escuela de chocolate.
Algodón taciturno de las praderas del paraíso
donde los ángeles nudistas aprendieron el fútbol
en la esfera de laca del mundo.
Sorbona de las cabras,
sabiduría blanca,
leche de luna llena en los cachorros.
¿Cuándo?

Estamos perdidos en esta cuba de celuloide,
donde los colores se sublevan como los dados.
Fuguemos en los andamios de los ecos
para deshabilitar a los hombres.
¿Cuánto tiempo los gritos se suspenden
en las telas de araña?
Toda evasión es verde
como las barcazas y los árboles.
¿Cuándo?

Las guitarras del sol suenan en las ventanas
y al rescoldo amarillo de sus caderas,
gimen las cuerdas de los postigos iluminados.

Hemos llegado a la vigilia en pantuflas de niebla.
De la noche nos quedan nuestros zapatos negros.

Quito, 1935.

ECUADOR

La línea ecuatorial es un columpio
tejido con estrellas,
para que los volcanes se cuelguen sobre el mundo,
y a la tierra le nazcan
hongos de cobre de los indios
contra la caballería ligera de los jinetes de naipe
en jacas con jaeces de aurora.

Hombres de metal blanco,
con el hocico de los arcabuces,
fumaron el tabaco de los senos tostados,
y no supieron que las mozas indias
se desnudaron en los ojos fotógrafos
de los caballos sitibundos,
mazorcas de maíz bermellón
encarceladas en burbujas de tinta.
Y así en los ventisqueros de los vientres
ventiscaron borrascas de niños pardos.

La piel de yodo se sublimó en la almendra pálida
y se arropó de cordillera,
para el amanecer de los puños
en racimos de cactus
y de los pies en líquenes de lava.

La llama de humo gótico
alzó los arquitecinos de sus ancas
y la ballesta de su cuello largo
para besar al indio, condecorado con su escarcha,
prisionero en las rejas musicales
del rondador borracho.

Contó el indio sus años

en las centellas de los latigazos
que le tatuaron briznas de remolacha
y todos los luceros verdes
en el cacharro de su espalda.
En la conflagración de las distancias,
los jinetes de naípe fabricaron
una república de baraja,
donde los reyes de cartulina
no se afeitaron los recuerdos pintados
en las patas de grillo de sus barbas.
Se amotinaron los colores
de las ciudades y los bosques
para el sufragio universal de las mujeres y las
guitarras.
Carteles democráticos
volaron en las alas de los pájaros.

Pero una madrugada,
las ametralladoras cosieron
la piel del indio bárbaro,
libro de letras encendidas con ladridos de pólvora.
La angustia mineral subió a los firmamentos
oblícuos de sus ojos,
en cometas de plomo,
mientras fugaba de sus párpados
la cinta iluminada de los páramos
con los machetes de los saltos de agua
y las flechas del pico de los buitres.
Mas se miró el ombligo,
como se mira el punto
de desembocadura de los ecos,
para clavar un mástil de alarido
hasta el cielo arquitecto de una muerte de vidrio.

Quito, 1935.

HISTORIA UNIVERSAL DEL HAMBRE

Artillería de ecos
sobre la infantería de las antenas.
Oceanografía de las palabras
vestidas como pájaros de escarcha.
Astillas de inalambrama
perdido en las agujas metálicas.
Escorpión de aire en el aire:
tu aguijón es el diámetro del gemido,
mástil borracho en los 360 grados del círculo,
con el ombligo de élitro,
punta de un cono desperdigado en luceros.
Y aquí estamos
en las tinieblas cúbicas de las casas,
donde suenan los pasos a mordeduras de navaja,
con la presencia de los hombres,
serafines tiznados,
colmillos tiernos de jabalíes
y plumaje de barro.

Y ese grito,
pica chasqueante en cáscara de piedra,
contra la tierra que no es nuestra.
¿Hasta cuándo?

Y aquí estamos
como la pólvora en los cartuchos
de los revólveres congelados,
plantadores de árboles de humo
en la floresta del incendio.
Si cada día es como la angustia fila de una espada
y el puño del pan magro
que tragan los muchachos,
sucios de sombras y de sueños,
mineros de la muerte

en la cantera de la aurora,
y los harapos de las madres,
higueras de los cielos abrasados.

Mas nada es verdadero.
El mundo es un aroma de enebro
que viaja en la centella de los trenes eléctricos.
Dogos, lebreles y barraganas,
venablos de limusinas largas
y gemas como pústulas o lágrimas
recuperaron el paraíso.
Lo demás es apenas la herrumbre en el cuchillo
que aguzan los fantasmas,
la barrica de pus y de sangre en las calles
y este Job sitibundo que no es nadie.

Estamos al comienzo del fin finito.
Hombres ahogados en los vientres de las calderas,
tatuados por la hulla de luces bárbaras,
mordidos por los dientes de los metales tensos,
ofidios de la edad del hambre,
minotauros del gas carbónico
arropados con sol de vitriolo,
escafandras de arcilla
y gárgolas de tierra.

¿Quién ha cazado este clamor
en el bosque de las antenas?
Pero este mundo es una estrella
en ignición de bomba,
con la chispa serpeante
estrella de candela
del trueno universal de un billón de hombres.

Quito, 1936.

FABRICA DEL MUNDO

No pasarán.
Como no pasan los jinetes de azúcar
sobre caballos de ascua.
Generales de naípe
se rebelaron como los ángeles,
y enarbolaron alas de albornoces
de marroquíes de chocolate,
la climatarra al cinto
y las piernas en cruz gamada.
Todo por un bostezo de mosto,
por el aburrimiento de estar pintados en la baraja.
Mercaderes de sol en cartón satinado.
que compraron camisas de humo negro y tabaco
en una cinta métrica de algas
con dados verdes de las Islas Baleares
y luises amarillos de las Islas Canarias.

No pasarán.
¿Cuándo pasó el camello por la luz de una aguja?
Cuánto tiempo se leyó con el tacto
de abejas dulces
la piel del mundo.
Este júbilo tiene la edad de los muchachos
que sonrieron a los jabalíes
de metal de los tanques.
En esta fábrica de auroras,
es necesario roer el cielo con los colmillos
sobre las pértigas de la Alhambra de un grito.
¿Cuándo cantaron las cigarras
en el hocico de los rifles?
¿Cuándo los ojos como los azulejos de vidrio
pescaron las ballenas primaverales de las bombas?

Las ametralladoras,
máquinas de escribir en la cal de los tuétanos,
teclearon alfileres de música
para la marsellesa de los muertos.

No pasarán.
Como no pasa el tiempo en los relojes congelados.
Las antenas de escarcha de las orejas saben
que esta península es un puño del hombre
en la cuenca de un mapa iluminado,
contra los maremotos y los generalísimos,
los gases deletéreos
y las langostas púrpuras de los obispos.
Esta península es un golfo del hombre,
la desembocadura de la tierra incendiada
que alarga deltas de gemido
hasta las madres, acantilados duros
de las madréporas de los niños.

No pasarán.
Como no pasan trenes en túneles de azogue.
Este es el tiempo de los árboles
con naranjas de obuses,
de la candela nómada en el pico
de carbón de los pájaros
y de las catedrales que viajan con muletas.
Esta es el hambre
de los resucitados en el tercer día,
la zarza trepadora
en los andamios de los intestinos.

Hay tantos Escoriales en las miradas de las mozas
que los reyes sonámbulos se despertaron ciegos.
Para los astros de las hélices,
bastaron las muñecas artilleras
sobre las barricadas de algodón de los sueños.

No pasarán.
¿Cuándo los ángeles rebeldes
escalaron las nubes inquilinas del cielo?
Este mundo recién nacido,
con la amarra de un eco en el ombligo,
en nuestro mar y nuestra tierra,
un globo de papel sobre las jarcias de las estrellas,
una sed que se afila en yunque de las aguas
y lame la centella de una espada,
cuando Miguel arcángel se ha vuelto miliciano
y Sant Yago es un torvo pistolero de palo.
Mundo recién nacido
de desnacidos mundos,
cuando las piedras suenan en los ríos
y se desgajan rosas de los huesos
en rosas de aire de los alaridos.

Quito, 1937.

NATIVIDAD DEL INDIO

No sé cómo ni cuándo.
Pero las cordilleras, cabras encabritadas,
se alzaron en las noche a coces de relámpago.
A la altura del aire,
parieron indios en la madrugada,
como paren las cabras madres
machos cabríos entre las nubes verdes.

Crecieron los muchachos
y crecieron los cactus,
hocico arriba,
para chupar la sangre de toronja encendida
de un sol que nada sabía.
Las uvas minerales de los ojos
Eran los perdigones cazadores
de un cielo que era un cielo redondo.
Una sed vegetal de agua dulce venía
mordiendo las gargantas de calcio.

Y los muchachos se evadieron
en los cordeles de los vientos,
para ser hombres en la arena ligera,
hombres para sus hembras de caderas de rábano,
hembras para sus hombres bárbaros,
mientras la tierra toda era un barco pirata,
repleto de monedas de escarcha.

Pero los hombres despertaron
con los colmillos volanderos de los trabucos,
perros que les roían el costado.

Forasteros de jade en caballos de espanto,
con los menudos soles de las espuelas,
movían máquinas de cuatro patas.

Ya el día no era leche de luz contra la muerte.

Fue entonces el sueño más delgado
para las hembras indias,
desnudas como los cacharros,
porque las armaduras se desencuardenaron
para que los jinetes jinetearan la grupa
de las mujeres tensas.
Acero contra risco,
en los vientres maduros
se comprobó la redondez del mundo.

Sudor indio, resina de una madera vieja,
estupor en astillas de astros.

Era otra vez el parto de las montañas bisabuelas.
Pero esta vez los niños tenían la corteza de
 plátano,
ascua adentro, rescoldo de la tierra,
y resplandor de luna blanda afuera.
Así nacieron los aromas bravíos
de los bisnietos másculos,
mientras jugaban las campanas de humo
al tresillo celeste de los pájaros
y las ciudades lavanderas
de sombreros de teja
lavaban en la orilla del tiempo
la ropa desteñida de su pena.
Esta natividad es un sollozo que dura todavía
en un paisaje donde los ángeles tienen
la nariz de azafrán y las alas de arcilla
y donde sólo es libre la historia de la brisa
que roba a los anacos amarillos
los muslos de nogal de las indias,
de esos muslos, colinas de olor, en donde nacen
y perecen jadeantes las cordilleras cabras.

Todo igual así mismo:
niebla, nevada y río,
para que los señores sigan siendo señores
para que los señores miren los relojes,
burbujas de las horas donde mueren los siglos.

Buenos Aires, 1.938.

CARTA A MI PADRE MUERTO

Sueño adentro te miro
tan igual siempre al agua dulce
donde los barcos de papel siguieron
los altamares tiernos
que llevan a resacas de sollozo.
Cuánto tiempo en el tiempo claro,
esta alegría vegetal de buscarte
te buscaría en el azúcar
de los arbustos que dan frutas y pájaros
a las nubes y los muchachos.
Pero no, nada es cierto.
Los días se han nublado en los paisajes
y los paisajes en los espejos.
Cómo tu ausencia es tan liviana en el aire
que ignorarte es saberte nacido
en los ojos, raíces acuáticas del cielo.
Así desde la albada de cuchillos
y escarchas de tu muerte amanecida,
pensarte es una pascua anochecida
en una fábrica de niebla
con ángeles de olor y ruiseñores ciegos,
náufragos en la orilla de algodón de los cuentos.

Pero no, nada es cierto.
Al menos la verdad de amarte es verdadera
como la sal del mar y el ascua de la tierra.
Los bosques monederos
contaron las monedas falsas de las estrellas
y las estrellas son farolas verdes

enredadas en jarcias de grumetes.
Queda, al fin, tu dulzura,
aurora y fiesta de las uvas
que se afligían en tu mirada,
tañido y gozo de tus palabras,
ríos crecidos en crecientes de alas.
Me queda tu sosiego de arcoiris,
puente de agua en el viento,
para fumar los años y los ecos.
El patio de tu casa,
piedra y candela blanca,
sol inquilino y árbol,
madrugará esperándote,
con las menudas cosas de tu mundo
que desembocan en el humo.
Pero no, nada es cierto.
Tu resina ligera se ha quemado en la flama.
Arder, arder, desasimiento
de lo que ha sido más para ser menos.
Y fuga de los días fluviales
para hacer un domingo
que es apenas un golfo de bostezo.
Y esa fatiga anónima
de abrir la boca,
mordizco, cena y canto,
para roer las nueces y los astros.

Buenos Aires, 1938.

CANTATA Y FUGA DE TU PRESENCIA

Amanecida, amanecida
tu piel de almendra ha inventado los días,
cinematógrafo del aire,
los avestruces y los ángeles,
en un tiempo que tiene la edad del agua,
donde la soledad de estar solo es liviana,
con tu presencia de alga
y tu ausencia de pluma.
Desde entonces, la nube es libre
y más ligeras las codornices
en una primavera de cerbatanas,
zafra de azúcar de tus tobillos y de las cañas,
decoración del mundo con la pintura fresca
de un sol de la alegría tintorera
que hace sonar las esterlinas de tus cabellos.
En tu mapa de olor he descubierto
un meridiano de fragancia
que parte del alcor mojado de tu cuello
y sigue la ballesta de tu espalda,
dividiéndote en dos mitades
lacias de dátil.
Todo el alcohol de la oceanía verde
se ha amotinado en los bajeles
de tu mirar sin brújula.
Lenta de luz y altura,
torre afilada
con las campanas de ascua,
tu desnudez de flama dura
es la tormenta de una aguja.

Guitarra anohecida
en la noche agorera
noche de miel tostada, Tú misma,
toda en tañido y lluvia de vihuela,
te oyes, resaca dulce,
pulso de estatua ciega,
toda en madera núbil
y canto de candela.
Toda tejida en viento,
luz de las luces altas,
arquitectura de élitro
en altanoche de cigarras,
hasta que los colores y los cuchillos
de la herrería de los luceros
se afilen con el grito
de un gallo negro,
para otra aurora, leche creciente
en un cielo que crece,
con este gozo de orilla y arrecife,
pápula y tacto de ceñirte
y descubrirte como una isla
de la estatura de una rosa
en una mar amanecida,
toda en rescoldo de naranja hialina
para un Simbad de espuma
y pescador de sombras
en tu arena desnuda.

Buenos Aires, 1938.

DIBUJO ANIMADO DEL SISMO

El sismo es animal de garras
en cuatro patas de cordilleras,
y las montañas, acordeones
de un cataclismo de colores.
Así los ríos esgrimieron machetes de agua
contra las nubes, elefantes de pana.
Los volcanes tahures
cubiletearon dados de las torres
y barajaron cartas de las luces.
Huracanes granujas
jugaron a los trompos de las cúpulas.
Un escuadrón de lava
quemó la biblioteca de Alejandría de las rocas.
Toda la tierra tórrida
rugido y parto de hembra,
abrió un circo de fieras.
Y los caballos se encabritaron
con espolines de astros
y arneses de relámpagos.
Y todo fue en el tiempo
de una resaca de aire en el pecho
o el disparo d un pájaro
entre las dos gemelas ramas de un árbol.
Polvo de estrella calcinada,
los hombres se miraron,
buzos de barro
en la oceanía mineral del sueño,
hasta una aurora de ángeles negros.

Quito 1939.

TIEMPO BALDIO

¿En cuántas Groenlandias se congelaron nuestros
deseos?

Hay tantos golfos en las mozas como en el Mar
Egeo

que Ulises ha quedado para siempre en su casa,
mirando los licores de las cartas acuáticas
y este polo norte de azúcar,
confitura de ratones y brújulas.

¿Qué más para la muerte anónima?
Los continentes y las compotas
son iguales y el “qué me importa”
sabe a razón del humo y de las olas.

Si al menos,
con los delfines volatineros,
fuéramos pescadores de sirenas de hielo.

Pero éste es un domingo oceánico,
brumas delgadas de vino blanco,
gelatina de nubes en el gozo
gandul del mar beodo,
y este desperezarse de los brazos de una ancla
en el bostezo de las barcazas,
frutas nacidas en papel de aurora,
estibadas con mieles de congojas,
zumbadas por abejas de las brisas
y encalladas en sal de la agonía.

Cómo nos duele el tiempo
de los mapas mojados en ginebra del cielo.
Después de todo, nada y nadie,
que nos basta, liviano, un copo de aire
en la grúa celeste de un sollozo
para la muerte, fábrica primaveral del ocio.

Quito, 1939

ROMANCE DEL HIJO

Jinete del altanoche
en cabalgadura de ecos,
bienvenido que viniera
vestido con piel de viento,
la corteza de uva clara
y la sangre añil de hierro,
mosto de mi raza añeja
en cal de cántaro tierno.
Cómo flameara su grito
flama del advenimiento,
alas de ascua les nacieran
a los ángeles de hielo,
ojos de vidrio cuitado
a los cervatillos ciegos
y jaeces de candela
a su cabello agorero.
En un paisaje pintado
con limones de sol viejo,
fuera el jinete un infante
plantado como un cerezo,
con la raíz soterrada
en cáscara de los cerros
y las ramas navegantes
en el azúcar del cielo.
Cómo su mirada fuera
cerbatana de luceros
y el acordeón de su llanto,
un río de canto prieto.
Aire tañido en el aire,
guitarra viva su pecho,
cómo caminara sola
tañedora de silencios.

Cómo se oyera en su pulso,
reloj de sangre, el océano
enfermo de barcos verdes,
borracho de agua y de tiempo,
y se mirara la tierra
en su cabeza de espejo,
la llanura encabritada
en el risco de humo negro.
En la punta de las lanzas
del amanecer lancero,
el infante del albada
afila metal de sueño,
y nube caliente, él mismo,
crecida en tambor de trueno,
blande la centella brava
en piedra del universo
y destella su luz propia
en un mundo primogénito.

Quito, 1939.

MADUREZ DE LA MUERTE

Toda la noche de espadas negras,
los hombres fabricaron una aurora
envasada en el verde puro de las botellas,
para una sed crecida en las gargantas
y atizada en la flama de las lenguas.
Aurora de agua y aire,
de cielo y tierra,
como esperada no venida,
como venida nunca entrera.
Mientras tanto nacieron colmillos en las lianas,
bastos en los sarmientos y puños en las piedras.
En un lugar de angustia,
tantas heridas fueron pulpa y piel de cerezas
y tantos ojos amarillos,
racimos de uvas tiernas.
Desde entonces los hombres andan borrachos
del vino de la muerte ligera,
sin sal ni sol del mundo,
a horcajadas en la arcilla prieta,
sin tacto de los días, los meses y los años
en este calendario de candela,
plantados los laureles de los huesos lirondos
como arcos de una orquesta,
y la boca baldía
sin hambre vegetal de fruta, moza o estrella,
sin memoria de miel en cántaro
y miel en pechos de colinas frescas,
duros de calcio y quemantes de fósforo,
flor, resina y madera.

Violones calcinados
por los bengalas de una fiesta,
si al menos estos brazos izaran
las gaitas de los vientres en la cuerdas
de los dorados intestinos
contra las nubes forasteras,
contra el humo pirata de paisajes,
contra el viento rapaz del oro de la arena,
contra la lluvia verde,
máquina de coser cordilleras.
Estos muertos están conmigo
en geometría de línea recta,
infantería de ángeles
con fusiles de niebla
para matar estatuas vivas
de gozo en lunas llenas.
Estos muertos están conmigo,
caballeía lenta
de caballos envenenados
por las distancias agoreras,
las cimitarras de rocío para acribillar sueños,
los cascos de algodón para pisar ausencias.

Estos muertos están conmigo
en creciente de mar, pampa y meseta,
de alga, raíz y liquen,
de tromba y torrencera,
al norte, al sur, al este y al oeste
de la angustia unigénita,
árbol del grito,
trueno domador de centellas,
almáciga del huracán piafante
y del océano en resaca de hembra
¿Qué pueden nuestras manos
diestra y siniestra
contra esta madurez de la muerte
en zafra de tormentas?
Si hay un reloj a menudo que nos roe,
burbuja con las patas de abeja
y una fugaz respiración de hormiga,
el corazón de almendra,
cada vez más enfermo
de altura eterna.

Quito, 1940

NUEVA EDICION DE LA ETERNIDAD

El tiempo no ha pisado este aire.
Ni se han desnudado los ángeles
en esta orilla de jacinto,
luz de fruta celeste en papel de aire.
Y no ha tocado el aire esta agua.
Ni los pechos de las muchachas
rompieron a su vidrio maduro
en impacto de astillas de agua.
Ni el agua caminó en esta piedra,
madre de las estatuas somnolientas,
pulso caliente y sangre dulce
de los niños de piedra.
Ni la piedra se desolló en esta ascua,
ni los hombres ardieron como castañas,
alto el gemido en el rescoldo
de un árbol de ascua.

El tiempo no ha pisado este aire.
Y no ha tocado el aire esta agua.
Ni el agua caminó en esta piedra.
Ni la piedra se desolló en esta ascua.
Aire, agua, piedra y ascua,
sin tiempo, ojos, ni tacto.

Y adentro, ancha del mundo,
la herida vegetal del canto,
este durar en soledad liviana
y este morir sin muerte en el espacio.
La eternidad apenas
es el ocio de jugar a los astros,
de fumar nubes
y de ignorarnos.

Queda abajo la niebla
en un cinematógrafo de amianto,

donde los jabalíes de la aurora
devoran a los muslos rosados
de las mozas amanecidas
y hay espadas de lluvia contra los nardos.

Quedan las lianas filas
para cortar los llantos,
el gongo de la brisa para oírnos
y la centella para mirarnos,
como se miran los paisajes
en los espejos despedazados,
las arterias de azogue rotas
en un mapa de espanto,
los continentes errabundos
en un motín de mares bravos
y en las jarcias del cielo,
los arrecifes de pies descalzos.

Quedan bajo las bienamadas noches
para los días desamados.
¡Ah mi altura
de los cohetes altos!
Arriba, arriba,
con la naranja de la luz en los labios.
¡Ah mi desasimiento
para mi trueno desanudado!
Mordedura en el tuétano de las estrellas
y la almendra de los cometas raudos.
¡Ah mi muerte
punta de lanza en el vientre oceánico!
Creciente de montañas con alas
y desembocadura en el sol claro.

Altura, desasimiento y muerte
en Dios que hace las algas y los pájaros.

RONDALLA EN OCHO LAMENTOS

I

Moribundas estatuas de los gozos
En los tañidos bronce de los vientos,
y corzas de aire vivo, los sollozos,
y ángeles degollados, los lamentos,

no me sean en muerte presurosos,
porque los quiero así padecimientos,
mientras más padecidos más gozosos
de una agonía de relojes lentos.

Séanme sal y sangre, las arenas
que las quiero de júbilo gemidas
sonar en las dulzainas de mis venas,

distancia de las mares compungidas
con los verdes enjambres de sirenas
en altamares de nostalgia heridas.

II

En el aljibe de los doce meses
plañe la noria de los siete días
tiempo de las plañidas madureces,
agua de las desiertas oceanías,

que nos quedan los cielos, ajimeces
de nuestras abrasadas agonías,
y arrugada en memoria de las nueces,
una pasión de sangre en las sandías.

Nos digan mansedumbres que logramos,
mieses de las escarchas en la trilla
de la cabeza añil que doblegamos.

Y díganos cantiles de la orilla
las blancas pesadumbres que llevamos
en nuestros huesos de frugal arcilla.

III

Qué soles de mi sangre en las saetas
de tus arterias gimen, balletero.
Qué tu tempestad celeste de cornetas
Te abre en tu pecho rosas de mi acero.

Qué brisas de mi voz, en tus secretas
y rescoldadas brasas de brasero.
Qué raíces de cielo en mis mesetas,
tus soledades pávidas de otero.

Hijo de mi aire, al fin, oriflamado
en setecientas torres de esperanza,
resaca de mi viento respirado,

no me ganes umbrías de añoranza,
rescátame, de muerte rescatado,
un aroma en la punta de una lanza.

IV

Desandadas mis muertes en hastíos,
me hieras, agua de los desconsuelos,
con atezados hierros de tus ríos,
y me restañen vendas de tus hielos.

Me endeches, aire de los desvaríos,
las gemebundas coplas de tus duelos
con niebla de los pájaros baldíos
en las desiertas arpas de los cielos.

Me ciñas, tierra, a miel de tu cintura,
lecho de tus jacintos sosegados
en vegetales minas de blandura.

Y me duelan en piedra, desvelados
entre la zarza de tu vestidura,
rosas de cal, tus pechos desollados.

V

Ceniza de la nube amurallada
que el aprisco del cielo te trashuma
en sangre de tu lluvia atribulada,
pésame verdes ruinas de tu espuma.

Encarcélame orgullos de mi espada
en la azogada torre de tu bruma.
Navégame los soles de albada
en los escombros de aire de una pluma.

Ya sin privanza, ya sin apetencia,
longevidad de estrella desoída,
a tu socaire, degollada hortensia,

muralla de la nube descendida,
sazóname con sal de tu querencia
el ocio de la muerte malvenida.

VI

Déjame, tierra, en tu yacer gozado,
sin renacencia de árbol prometido,
ni siquiera el perfume acongojado
de tus verdades verdes, desasido,

porque vale el silencio que he logrado
todo el tiempo celeste que he perdido
en soledades de ángel soterrado
dentro de tus turbios médanos de olvido.

En desamor de cielo ya no hay prisa
para la abeja de mi sangre oscura,
zumbadora de aromas en la brisa,

que sólo mi presagio me apresura
a rescoldar en mi fugaz ceniza,
la lumbre de mi música madura.

VII

Ya pisa un aire de ángeles mi jaca,
jineteada por vientos agoreros,
pintando noches con su piel de laca
para abreviar la sal de los luceros.

Ya la ensombrece tibia la resaca
de todos mis recuerdos forasteros.
Ya le llega la muerte de albahaca
para sus galopares altaneros.

Qué tallo de ascua te sostiene erguida
la magnolia mortal de tu cabeza,
si con su llanto de metal la brida

te guía hasta la cándida pereza
de un paraíso en tierra amanecida
para tu sueño de escultura ilesa

VIII

Hazme un duelo de breñas y de riscos,
desmesurada cordillera mía,
con tu fiero plumaje de ventiscos
y tus crispadas torres de osadía.

Hazme un techo de cóndores ariscos,
un muro de huracanes en jauría
y una guardia de helechos levantiscos
para dormir mi soledad bravía.

Y pégame tu oreja calcinada
al pecho enjuto que te clama entera,
con su hontanar de sangre derramada.

Y arrópame con piel de tu cantera
un silencio de cúspide enlutada
en tu estatua de madre postrimera.

Montevideo, 1943

JOLGORIO DE LOS ANGELES

Para siete pesadumbres
en siete rosas de holganza,
templaran soles plateros
a siete ángeles de plata,
poniendo en sus manos de aire
la brisa de las espadas.
Ya abejean los siete ángeles
en la ronda de las plazas.
Ya suenan siete plumajes
en tabernas de rondalla,
caídas de siete cielos
siete codornices blancas.
Ya escancian vinos profundos
en cristal de siete jarras.
Y ascuas les atizan pechos,
siete lunas abrasadas,
que ya llegan siete mozas
con sus lentos brazos de algas
a anudarlos a bajeles
tripulados de esperanzas,
que ya les esperan ángeles,
galeotes de remos de alas,
para siete muertes dulces
en siete mares amargas.
Ya se trenzan siete mozas
con siete ángeles en danza,
noria de las siete nubes
prendidas de siete escarchas.
Ya las miran los siete ángeles

y ya las claman mirándolas,
que palabras nunca dicen
lo que arrobamientos callan.
Afuera, noche de vidrio
se rompe en astillas de agua,
que vienen siete mancebos
en viento de siete jacas,
a rescatar a las mozas
de cárceles emplumadas,
porque tuyas son mancebas,
tuyas de piel, almácigas,
tuyas de su orilla, espumas,
tuyas de su sangre, cántaras,
que ha de perderlas en muerte
quien ose en vida ganarlas.
Ya zumban los siete hierros
y caen las siete dalias,
las cabezas de los ángeles,
sobre las desesperanzas.
Mozas y mancebos duermen,
siete nieblas de mortaja
de siete ángeles difuntos,
en la hostería de alba
para siete pesadumbres
en siete rosas de holganza.

Montevideo, 1943

ELEGIA DE LA NACENCIA

Eternidades traía
la mozuela en su regazo,
que para cuitas añejas,
tiernos le venían años.
Herida en riscos de luna,
cabra de los pechos parvos,
sus hontanares de sangre
tejieran ríos de nardos.
Pintada con lluvias verdes
cierva de los siete llantos,
agua de la muerte diérole
a abreviar sus siete cántaros.
Enferma de lontanías,
potra de clarines altos
para espuelas de los vientos
en ijares desgarrados.
Eternidades traía
la mozuela en su regazo,
porque viento, sangre y agua
gemíanle adentro largos
de vihuelas moribundas
y de acordeones borrachos.
Llórenla que no la lloran,
ámenla que no la amaron,
estatuas de cal desierta,
los hombres deshabitados,
que la cigarra venía
quemada en soles lejanos,
tatuada en tinta de noche
y fructificada en barro,
para azogarse de cielo
y enjalbegarse de canto.

Eternidades traía
la mozuela en su regazo,
florecidas las caricias
en los azúcares blandos,
leche de la tiera negra
en garrafas de alabastro,
iguales como gemelas
mitades de un mundo pálido,
para un arcángel sediento
en el aire de los pájaros.
No la lloren soledades
en umbrías y altozanos,
que ya la llora el follaje
de la guitarra de su árbol,
que ya le plañen orioles
en silencio azorados,
que lunas prietas camínanla
en la almendra de su tacto,
que en la campana de vientre
la redoblan cien caballos,
cuatrocientas herraduras
en medianoche de estaño.
Eternidades traía
la mozuela en su regazo,
que ya le suenan albadas
en gargantas de los gallos,
que ya le duelen nacencias
en los huesos de los astros.

Cántenla canteras bravas
que ruedan cantos rodados,
por su arcángel bien nacido
en el aire de los pájaros,
que le duelen las congojas
de recuerdos desamados
y soleras de los mostos
en paladares amargos,
que no es suyo lo que es suyo
en la higuera de sus brazos.
Cántenla desolaciones
en torres de acantilados,
que ya le duelen las jarcias
de su desasido barco
en océanos baldíos
para un viaje de mil años,
que ella se queda, arrecife
de corales abrasados,
oyendo espuma de sangre
en caracolas de llanto

Montevideo, 1943.

ALTANOCHE

Este durar en el aire,
este finar en la tierra,
la pubertad de los ángeles,
la vejez de las estrellas,
la fábula de las nubes,
la rondalla de la arena,
iguales y desiguales,
¿qué son sino son apenas
presagios de eternidades
y memorias de presencias?
Este amar a nuestras mozas
para desarmarlas yermas
como estatuas de ceniza
de un jolgorio de candela,
y arroparlas con jacintos
de todas las lunas llenas
para desnudarlas pávidas
con dedos de flamas lentas,
son congojas sumergidas
en la sal del agua vieja.
Este afilar de los gozos
y enmohecer de las penas,
este osar contra los cielos
con pájaros de las flechas,
este yantar con los soles
y sosegar con tinieblas,
nos vienen como nos traen,
nos traen como nos dejan.

Este madrugar en bronce
de campanas bisabuelas,
este anochecer en humo
de las trasnochadas ciervas,
las encinas de las madres
sobre las fogatas tiernas
de los infantes nacidos
en natividades nuevas,
¿qué pueden en los lagares
de la muerte forastera?
Este chupar a la sombra
sueño de sangre violeta
para degollar fantasmas
con alfiles de luciérnagas,
este trasegar hastíos
en soledades enfermas,
andadas y desandadas
arquitecturas desiertas,
el orgullo enarbolado
en las torres ballesteras
y el lamento soterrado
en tuétanos de la piedra,
largos los días anónimos
y breves las vidas ciertas,
eruditas las preguntas
y baldías las respuestas,
magnates los hontanares
y magras las torrenteras,
en la miel de los panales,
cuchillos de las abejas,
y para vestir los astros
las palabras harapientas.
Y todo, por ensoñado,
acabado donde empieza.

Y todo, por prometido,
fallido cuando comienza.
Mas dejan los feneceres
las dulcedumbres ilesas:
los poetas y los niños,
la juguetería ciega
de los mundos caminantes
con el corazón de cuerda,
para fugas inmortales
sobre zancos de madera.
Válgannos los firmamentos
mercaderes de centellas,
la artillería de truenos
oriundos de las tormentas
y los paisajes lavados
por las lluvias lavanderas.
Válgannos los soles mozos,
ceñidas las escarcelas
que guardan para los días
toda la luz en monedas,
mientras en fogones verdes,
las verdes noches horneras
con rescoldos de luceros
caldean hogazas negras.
Válgannos los abrasados
carbones de las querencias,
cántaros de desnudeces
fugaces de las doncellas,

asidos por amadores
de las manos alfareras
que andan por desfiladeros
de las cinturas cenceñas,
rondando una geografía
fragante de cordilleras,
en agrimensura dulce
de las distancias de almendra.
Válgannos vientos altanos
de las mares altaneras,
resacas de los recuerdos
y resolanas de ausencias
en esquifes de esperanzas
estibadas las promesas,
altas las arboladuras
como espadas agoreras
para los trescientos yelmos
de tempestades trescientas,
rosas de los pechos altos
en las jacas de la niebla.
Y válgannos cuatro angustias
que en cuatro brisas nos llevan
al destiempo de la muerte
para el tiempo que nos queda.

Montevideo, 1943.

ESTATUA DE AIRE
1951

ESTATUA DE AIRE

1951

1

Magnolia de los mármoles helados,
Arquitectura de la luz sumisa
en madores de llantos no llorados,
galera capitana de la brisa,
te he perdido en los mares enlutados,
y sirena difunta de ceniza,
algas de aroma verde todavía
te anudan al bajel de mi alegría.

2

Que ya menudo cinto de fragancia
te ha rescatado la fugaz cintura,
y alta de pechos parvos en la infancia
del cielo, enfloras miel y arboladura.
¿Qué campanas enfermas de distancia
redoblan en mi torre de amargura,
tañidas por la lengua de tu gozo
hasta la medianoche del sollozo?

3

Y así, lironda cántara de arcilla,
a los esquifes de la luna prieta
les hurtas el fulgor de una cuchilla,
rama de hielo en oquedad secreta,
hoja de esparto, vengadora astilla
de la trasnoche en tempestad violeta.
¿Qué desnacido espectro te ha nacido
en las corsarias aguas del gemido?

4

Desarbolada y sola te has sumido,
vihuela taciturna sin cordaje,
para sonar arpegios sin sonido
y sosegar en cielos sin follaje,
ni memoria de tiempo fenecido,
donde el cadáver lento de una paisaje,
oruga somnolienta de neblina,
te ahogado en vidrio de silencio, ondina.

5

Ya desamor de amor, calandria muda,
pecho abrevado por la luna llena,
cielo trizado por la flecha aguda,
escombros de ángel, gárgola de arena,
¿en qué soledad de agua se desnuda,
ya desamado amor, tu luz morena?
Pero me gimias copla de amadores,
jácara de la lluvia en los alcores.

6

Oriunda de mi muerte, tu presencia,
yema de gozo en la raíz del día,
presagio verde en rama de ausencia
y destello de almendra que me guía
al ocio de mirar en transparencia
de lupa desvelada mi agonía,
y al fin, tiniebla de cerrado muro
para cegar al corazón maduro.

7

Y porque todo en desazón parece
y todo en fuga de aire se evapora,
y en añiles nostalgias se enmochece,
y en solares de muerte se demora,
la dalia de la sangre se estremece
enarbolando su atezada prora,
y ardida cal de una escultura enferma,
se desmorona la esperanza yerma.

8

¿En dónde estás pisando mi aire, espada?
¿En qué liviano litoral, buída?
¿En qué fragua de pájaros forjada?
¿En qué lagar de llanto, orinecida?
¿Quién te doblega, luz indoblegada?
Cáeme en polvo de centella huída
que yo te guardo en niebla de lamentos,
espada ilesa de los alto vientos.

9

¿En dónde estás, orgullo, mi espadaña
de nube erguida en júbilo y desgaire?
Ya la celeste ruina de tu hazaña
es una bruma apenas en el aire
para sazón de cielo en la montaña
y la desesperanza a tu socaire,
donde todo es idéntico a sí mismo:
el orgullo, la cima y el abismo.

10

Yazgas, mi encina, en techo de collado
con el ramaje de tus hierros fríos
para que suene el huracán osado
el arpa de tus pájaros bravíos,
y rotas en diluvio soterrado
las arterias de azogue de tus ríos,
te alces enjuta y te reclines sola,
tallos de piedra con plumaje de ola.

11

Alza tu piedra contra mi destello,
tierra torva sin árbol ni esperanza,
y anúdame, erizado tu cabello
de ventiscas, al soplo de tu danza,
sierpe de angustia aderezada al cuello,
torre de la cimera destemplanza.
Valga mi eternidad tu desconsuelo,
campanas de humo y pájaros de hielo.

12

Caballos de silencio que llegaron
con sus pisadas de algodón al sueño,
¿qué cordilleras de langor doblaron?
y ¿en qué boscajes de aterido leño,
fantasmas de la niebla, sollozaron?
Dadme un caballo de estupor, cenceño,
para una fuga verde sin holganza,
tiempo sin años, luz sin lontananza.

13

Hiende, buitre de hierro, en mi balada,
el tallo de tu garra pavorida,
que corre en la distancia atalayada
mi jaca rauda sin jaez ni brida,
cabalgadura ya descabalgada
y de actividades, desceñida.
La transfigure en un corcel de amianto,
luna de cal, tu máscara de espanto.

14

Arcángel de la hortensia degollada
en esta fuga de sigilo a tientas.
Nube insepulta, roca amurallada,
y las constelaciones polvorientas.
Ceniza de la alondra en la morada
y en el nadir, las musas harapientas.
¿Qué vestiglo de musgo me murmura
mi cántico de piedra y sepultura?

15

Cada vez más en soledad baldía,
mi corza de silencios, anegada,
¿en qué nublado espejo de la umbría?
¿de qué breñas de gozo, despeñada,
caíste, codorniz de mi elegía?
Finado arcángel, fruta desatada,
para que rondan peces de la luna
tu desnudez fragante de aceituna.

16

¿En qué morada de aire te detienes,
enjuta moza de abedul herido,
con tu nostalgia de ángel en rehenes
y tu quejumbre del amor fallido?
Vencida la albahaca de tus sienes,
aguas acedas llévente al olvido
y la gavilla de tu voz de esparza,
plumaje de ecos, moribunda garza.

17

Amor encadenado a tu pistilo
con el delgado estambre de una queja.
De tu luciérnaga y su luz, un hilo
en la noche de yodo de la almeja.
De tu follaje, el llanto de berilo.
Y de tu exclamación, la plata vieja.
Mas sin durar en tierra, permaneces,
y árbol plantado en música, anochece.

18

¿Qué se hicieron las pávidas abejas
de tu voz aledaña de los cielos?
Solera de las cántaras bermejas,
sal en la hogaza tierna de los duelos,
cobre de resplandor en las consejas
y rescoldo muriente en los desvelos.
Esa tu voz, ¿en dónde se derrama
si la bruñida estrella la reclama?

19

Cautivo de tu sombra y tu cuidado,
en tu silencio mi silencio mora,
el manantial del tiempo sosegado
en espejos de lámina incolora.
Almenas de tu cielo sollozado,
oh capitana sin arnés de aurora,
me guarden para días afligidos
la brasa de laurel y el sueño asidos.

20

Prisa de amor y nube, tesitura
y azar del aire en flama de tu tacto,
ya todo en celosía de clausura
y disciplina del silencio intacto
para la muerte alzada a la estatura
de la oropéndola en el cielo exacto.
Caigan en mi remota pesadumbre
los lánguidos limones de tu lumbre.

21

Trashora de lo ángeles venidos,
con las alas de estaño, a senectudes.
Vejez de los paisajes compungidos,
calcinados los huesos por aludes.
Arena de los médanos ardidos,
sepulcro de sirenas y laúdes.
Mas persevera, vegetal escombros,
la fresca dulzamara del asombro.

22

Lar de la mar con flámulas de fiesta,
procela en arrecifes de despecho,
cuánto tiempo sin tiempo tu floresta
de agua endulzó delfines en tu pecho.
Ya rendida, mi náyade, ballesta
de espuma en las arenas de mi lecho,
durmiente bajo cielos de muralla,
las caracolas gimen tu rondalla.

23

Borrasca de altamar, altamarina
hortensia en proa de navío roto,
cordillera de cúspide salina,
madeja de algas del tritón ignoto
con oro de los peces en la mina
del agua destrenzada en maremoto.
¿A dónde vas, borrasca de jazmines,
cabalgada por húmedos delfines?

24

Fruta de mar y cielo nave esquiva
con jarcias de nenúfares otrora,
¿a qué muelle sonámbulo de estiba
te convoca la muerte estibadora
para el abismo de la perla viva
y la medusa de coral, canora?
Desmadejada en el cantil de bruma,
ya te tripulan cánticos de espuma.

25

¿A dónde me seguías, barlovento
sombra del aire, ráfaga adventicia?
Detenida la abeja del aliento
y baldío en panal de la caricia,
guija de estrellas en descendimiento,
regreso a tu verdad, tierra nutricia,
que para tus oscuros pedernales,
nacimiento y agonía son iguales.

26

Toda perenne y pura para asirte,
ondulación de náyade queriente,
onda, tú misma, en la agorera sirte,
y en el amor, bandera transparente.
Vista sin verte, oída sin oírte,
y de la tierna lobreguez, veniente
anémona del tacto, presentida,
siempre encontrada y por igual perdida.

27

Porque te sé yo no te sé y a guisa
de la escafandra el sueño te devoro,
onda que te desnudas en sonrisa
y luego te recatas en azoro,
que yo te quiero cántara precisa
con un raudal de pájaros en coro,
volumen de la fruta repentina,
que recomienza donde se termina.

28

¿A qué hielo recóndito me llevas
de tu esarpa de júbilo naciente
al otro lado de las lunas nuevas?
Toda tañida en cántico presente,
y balbucida en cítaras longevas,
perpetua y de ti misma, con fluyente,
aire que por el aire se improvisa
y en el aire nostálgico se triza.

29

Séasme blanda y blanda me encadenes
a tu respiración de arcángel lento,
resaca de los lánguidos vaivenes,
ya parecida en cada nacimiento,
si cuando con tu soplo me retienes
en tu salina sangre me aposento
y tu paisaje sideral se escombra,
onda virgen en témpano de sombra.

30

Cerbatana de pájaros fugaces,
quebrado soplo de la rama dura
en alfiles de estrellas montaraces
y añoranzas enfermas de espesura,
guerrera de neblina, te deshaces
y recuperas, rosa, tu armadura
de aroma para erguir en la colina
la taciturna lanza de la espina.

31

De tu liviano de profundis, rosa,
húmedo bronce de la rama inerte
y mudanza del tallo en olorosa
espada sola de la sola muerte.
¿Qué hálito pudo, torre vaporosa,
con su transido amar desvanecerte?
Seas efigie de la espuma cuando
mi noche te desnude sollozando.

32

Desasidlas de cielos atezados
a la paloma y a la brasa juntas,
a la moza, los ámbares mojados
de los pechos con nardos en las puntas,
a la alquería, muros fatigados
y las fogatas del amor, difuntas
Moza, paloma, brasa y alquería,
longevidad del sueño, lejanía.

33

¿Qué rama verdecías, cuerpo insombre,
y qué memoria pávida ensombreces?
Corola abierta al frenesí del hombre,
arrebujada en cándidas mudeces.
¿Dónde yerra la brisa de tu nombre,
mazorca de las malvas desnudeces?
¡Ah mi guitarra de medrado aliso,
duro escabel de muerte y paraíso!

34

De nácar y de sal, niña ligera,
oída en los rumores aledaños
de este río celeste sin ribera.
De nácar y de sal. los desengaños,
desgarrado laúd, la cabellera
de su tañido en lluvia de los años.
De nácar y de sal, el regocijo
de la quietud en el lucero fijo.

35

Yacer, gozar y fenecer contigo
dentro de esta secreta dulcedumbre,
cárcel de azúcar y panal de trigo,
la noche del cabello por techumbre
y por aljibe de ámbar, el ombligo,
para que luego afluyas, mansedumbre,
arpa fluvial en delta de reposo,
a la ignorancia inmemorial del gozo.

36

Alto muro de música, tu espalda,
ah mi columna anclada en el vacío,
donde la verde voz de la guirnalda
con lianas de violón y de rocío
y el eco vegetal de la esmeralda
suenan dentro del pájaro baldío.
Plaña, después de mí, columna rota,
el muro de tu música remota.

37

Hasta donde el aliento se sopesa
y el perfume en el légamo se enluta,
estás presente, poesía ilesa,
nube con ambrosía de la fruta
y cielo descendido a la cereza,
todo al socaire de la moza enjuta
en sosegar de lentos sosegares,
pluma del aire y alga de los mares.

38

Cómo con tu centella acelerada
me hieres y laceras, heridora
poesía, palabra evaporada
sin túnica ni brisa regidora,
y cómo con tu nébula imantada,
y cómo con tu nébula imantada,
ah catedral de hielo, vencedora,
tus campanarios de rumor se erigen
y el eco vuelve al eco de su origen.

39

En geografía de la muerte, Orfeo,
la pávida ceniza de mi canto,
el verde almirantazgo del deseo,
náutica del oscuro desencanto,
la sirena de jade, el himeneo
y la oceanía mineral del llanto,
que en ti perdura lo que en mí se amengua,
Orfeo, la campana de tu lengua.

40

Aquí mi sueño, mar desacerbada
y nereida de sal con su ventalle
de música en las olas sepultada.
Aquí mi tiento, oscurecido valle,
el musgo de la dríade nublada
y en mis dedos la bruma de su talle.
Aquí mi brisa del olvido pulcro,
la noria de la nube y el sepulcro.

41

Abrevada la voz por la pavura,
ángel sordo y azor de las tinieblas,
arca de cieno, sima sin ternura,
que de heliotropos fríos te despueblas,
de la nagada luz para tu hondura,
cielo pintor de pájaros y nieblas.
En sueño, tiento y brisa me renueves,
estatua de ecos, tus orillas breves.

42

Aduerme. oriol, tu flauta moribunda
en sangre de jacintos abrasados
que el agua de la mar está profunda
y los luceros, desasosegados.
Ah mi presagio y tu presencia oriunda
de un perpetuo jamás, entrelazados,
esquifes juntos que zozobran lejos
en la borrasca azul de lo espejos.

43

Anohecida ya tu remembranza,
moza del viento, límite impreciso
entre la ardida luz y la templanza,
el laurel de la muerte y el hechizo,
¿dónde tu pecho de buída lanza
en batallas de nieblas, se deshizo?
Dúrame cielo de la orilla tierna,
mármol exacto en duración eterna.

44

Madura muerte, piel de piel liviana,
alcántara del alto mediodía,
presente puro, sola luz, solana,
sombra de soledad en solombría,
cuerpo sin cuerpo, transparencia arcana,
azar de nao libre en la ufanía.
Salobre llanto, acállate y espera
tu ola sumisa y ráfaga altanera.

45

Asida, desasida y abismada,
¿en dónde estás cantándome, presencia,
con el vilano de tu voz delgada
y desde qué remota permanencia?
Difunta y por igual recomenzada
brasa de espiga, vegetal querencia,
ya verdecida en el secreto hallazgo,
rama de Dios y el aire donde yazgo.

46

Mi Dios de la transida arquitectura,
la desplumada garza de tu nieve
me viene en mi trastiempo, vestidura
para que el alma sitibunda abreve
silencio en tu confinio de frescura
y liviandad en tu silencio inleve,
y se evapore la letal paloma,
trocada en el espectro de tu aroma.

47

No el ala ni el venablo de su vuelo,
no el agua ni el escombros de su grito,
si más y más el ascua del anhelo
se entenebrece en el tizón finito.
Sólo tu rama, desnudez sin velo,
se pertenece al corazón proscrito
en tránsito glacial, escala trunca
de verde siempre al agorero nunca.

48

Déjame, sombra, asir en duermevela
la insomne rosa y el ceñido espliego,
desnuda moza de aire, ciudadela
de perfume sitiada por mi ruego,
y en bajamar buída carabela
para dulces anclajes de sosiego,
que luego tus dintornos, alba moza,
revierten al espliego y a la rosa.

49

Déjame, tiempo de la muerte, en vilo
del lucero azogado y su relente,
que en tus perennidades de sigilo,
tronchada la gardenia de la frente
por tu sollozo de mellado filo,
se queda en hielo de hontanar, yacente,
a estatua de la sangre gemidora
y el sueño sabe lo que el tiempo ignora.

50

Estatua de aire en pedestal de brisa,
torna a la blanda ley de tu procela,
donde tu movimiento se desliza,
nave de nardo, a la ondulada vela,
que mi memoria sin langor ni prisa,
cariátide sin tiempo, se deshiela
en un estío de fragante fragua
y la sepultan ángeles del agua.

Lima - París

MATERIA DEL ANGEL
1953

CONTRAPUNTO

1

Ah cómo y cuándo en el acaso puro
se juntaron el pájaro y la ola.

Ola de pluma, el pájaro maduro,
y pájaro de espuma, la ola sola.

Rota su voz, quedó el arpegio oscuro
en el registro del la caracola.

De mar como de cielo, contrapunto,
ola trizada y pájaro difunto.

2

Orilla de eco y litoral de aroma,
pájaro y ola en el azar deshechos.
Pero la niña al vendaval asoma
de nuez y aurora, sus frugales pechos.

Ya la atavían, brasa de paloma,
delfines con oceánicos helechos.

Y se desnuda en cántico y en cobre,
pájaro y ola de la mar salobre.

3

A soledades juntas advinieron
el ángel y el vestiglo descendidos.
A la niña de nardo se ciñeron
las algas de sus ecos balbucidos.

Sus plumajes de niebla se rompieron
con celajes de pluma confundidos.

Cítara de perfume en el lamento,
quedó la niña sola con el viento.

4

La sirena de sal y hielo arcano
está posada en la flor de sus mares.

Que no la lleve el soplo del vilano
hasta la altura de sus hontanares.

Que no quiebre la espiga de su mano
la gárgola borracha de los mares.

Enmudecida el arpa del sollozo,
quedó la niña sola con el gozo.

5

Ah niña, nao virgen estibada
con el gozo del ángel y su bruma.

Mitad calandria en música imantada,
pájaro en vilo tu babor de pluma.

Ola de noche y miel, acompasada,
tu otra mitad en estribor de espuma.

La prora anclada en médano cenceño,
quedó la niña sola con el sueño.

6

Ya colina de almendra en el reposo,
ya guitarra de olor en el olvido.

Que ya se hiela en su aire temeroso
la clepsidra de tiempo consumido.

Y se rindió al vestiglo vaporoso
su tallo de ola y pájaro aterido.

Ah muerte, capitana de cantares,
desnuda entró la niña en tus lagares.

7

La niña entró en tu cántico desnuda,
nácar en su destello e inocencia.

Aderezada como torre aguda
la arquitectura de su transparencia.

Desde entonces la perla se demuda
y empalidece toda refulgencia.

Abrevada la luz de su corola,
quedó la niña con su sombra, sola.

8

Todo volvió al enjambre de su cielo
y se rehizo en geometría pura.

El pájaro en presagio de su vuelo.
La ola en su colmena de frescura.

El ángel en su máscara de hielo.
El vestiglo letal en su pavora.

Sólo la niña se tornó en la niebla.
plumaje, espuma, cántico y tiniebla.

9

Sosegada en la sirte la doncella,
qué rosa mineral de encantamiento.

Qué ruina taciturna de centella,
el derruido estambre de su aliento.

Remotos funerales de la estrella
los rememore con su lengua el viento.

Todo en la sirte blanda se deshizo,
ah sirena de sal sin paraíso.

10

¿Qué resta de su fábula baldía?
¿Qué de su pesantez de luna llena?

¿Qué de su dulcedumbre de sandía?
¿Qué de su liviandad de cantinela?

Verde almiranta de la espuma fría
en la logevidad de la alta arena.

Difunta sin memoria, a tu socaire
suene transido tu laúd del aire.

París.

***MEMORIA DE LA
TRANSPARENCIA***

MEMORIA DE LA TRANSPARENCIA

PRIMER MOVIMIENTO

Alta la repentina
espuma de la náyade,
su cabellera de agua
derramada en el aire.

Que la ha tallado el bosque
su cintura de estambre,
vientre de gozo, rama
con el arco fragante.

Que la ha arbolado el río
los pechos a su nave
y templado los peces
de sus piernas fugaces.

Incorpórea la rosa
en su tallo de sangre,
que la ha infundido el viento
levedad de ventalle.

De la medrada luna
a la luna menguante,
su desnudez ilesa
clama sin voz: miradme.

La devoraron ondas
a la ondina de jade.
Que la mire la muerte,
finada espuma, nadie.

SEGUNDO MOVIMIENTO

Ah cómo quedó fija
la espuma del espejo,
escala cristalina
de duermevela a sueño.

Abridla como un cándido
plumaje de destello,
ventana de la muerte
a la mar del silencio.

Anieblada su luna,
en ella se sumieron
los semblantes atónitos
con sus ojos de yeso.

Sombras que en ella entraron
nunca de ella salieron,
sepultura de azogue
su lámina de cieno.

Qué eternidad su limpia
superficie de hielo,
ateridas las aguas
de la memoria adentro.

Ah cómo quedó fija
la espuma del espejo
y el sollozo bruñido
en su fragua de cielo.

TERCER MOVIMIENTO

Halla la voz buída
en niebla de las voces,
cementerio celeste
de pájaros de bronce.

Halladla en el latido
letal de los relojes,
sostenida en su soplo
su arquitectura insombre.

Halladla a mi difunta
en su vegetal goce,
donde se aspira el eco
y la fragancia se oye.

Así la inconsumida
soflama la enarbole
adelfa de sonidos
y campana de olores

Ya está posada encima
de las pávidas torres
la voz enmohecida
en niebla de las voces.

Que me anude a su vuelo
mi fugitiva insomne.
Halladla en el olvido,
memoria de la noche.

CUARTO MOVIMIENTO

Devolvedme la brasa
de su cuerpo desnudo,
sumisa la fragante
vihuela de sus muslos.

¿Cuándo su continente
de litorales puros
se ciñó su terrestre
vestidura de fruto?

Ah balada ligera
de brasa y cuerpo juntos,
convalecido el gozo
a la verdad del humo.

Ya está, límite exacto
de soledad, el muro
apagando fogatas
de los luceros últimos.

Acabada la hoguera
y el amar inconcluso,
enlutadme la rosa
con mármoles difuntos.

Guardadme con la llave
del corazón profundo
la máscara de arcilla
en el arca de musgo.

QUINTO MOVIMIENTO

Izadme la gozosa
bandera de la lluvia
en techumbres de viento
con pilares de música.

Qué cenital guerrera,
amazona de bruma,
astilló los cristales
de su verde burbuja.

Qué mojados mirares
en soledades húmedas
me miraron sin verme
con sus remotas uvas.

Arriadme la afligida
bandera de la lluvia,
esparcida en el viento
su cabellera mútila.

Aligeradme el sueño
que en alto se apresura
a morir el liviano
corazón en su fuga.

De miel, su remembranza,
de almendra, su columna,
que la doncella taña
la lira de la lluvia.

SEXTO MOVIMIENTO

La imagen tras del hielo
era del hielo mismo,
sideral transparencia
del arcángel en vilo.

La levedad su numen,
el aire su designio,
la corola su hechura,
el eco su vestigio.

Hela ahí mitad moza
y mitad pez hialino,
en el azar, durmiente
la sirena de vidrio.

Malvenida procela
que a destiempo malvino
cabalgando sus verdes
caballos de ventisco.

Ya se juntó el altano
azor de hierro frío
con la alondra de hielo
en la rama de aliso.

Ya tañía la muelle
laúdes amarillos
y en tambores del agua
se despeñaba el río.

SÉPTIMO MOVIMIENTO

Pero cantó mil años
la calandria de nieve,
flauta en la solombría
de las hogueras verdes.

Estibadme el esquife
de la memoria tenue,
maduras las congojas
y eternas las mudeces.

¿A dónde van mis ecos?
¿A dónde mis jinetes
de neblina en sonámbulas
alfanas de relente?

Que el amar desamado
nada espera ni teme,
rota en yunque de estrellas
su espada transparente.

En mi hontanar de sombras
como sombra sabedme,
el corazón con música
y la voz sin vertiente.

Arquitecto de aromas,
el cielo de la muerte
desvaneció la torre
de la rosa perenne.

OCTAVO MOVIMIENTO

Se alejaron las voces,
raudal, abeja y brisa,
y quedó sin memoria
la morada vacía.

Qué remotas presencias
inhalan en la orilla
de evaporados nombres,
ternuras imprecisas.

Qué luto de alta espuma,
qué duelo de agua limpia
para la sepultura
flotante de la ondina.

Cómo se sosegaron
las guitarras tañidas
en añiles silencios
de las mares marchitas.

Solo tú permaneces
idéntica y distinta
escultura de aroma
y ondulación de espiga.

Cerradme con cerrojos
de llanto la alcancía
del corazón durmiente
en la voz de su brisa.

NOVENO MOVIMIENTO

Ah tiempo, tiempo, tiempo,
río al trasluz rondando
con el huso de espuma
de sus narcisos blancos.

Nada le rememora
que estos rostros se amaron
abrevando la noche
con sus bocas de mármol.

Ni que a su movimiento,
eclipse de los pájaros,
se unieron las cautivas
palomas de las manos.

Ni que su veladura
con ángeles de vaho
velaba a la salobre
medusa de los llantos.

Ni cómo con la lengua
del viento algodonado
se apagaron las altas
luces del candelabro.

Qué tiempo, tiempo, tiempo
continuo devorándose
en el presente puro,
huso de luz intacto.

DECIMO MOVIMIENTO

Peso de luz el cuerpo,
ocio de amor su rama,
pero en la muerte sólo
el amor es holganza.

Regido por el gozo
frugal de la manzana,
volumen de aire el cuerpo
y la luz su adehala.

Qué festival de almendra
en su dicha compacta,
la pluma su caricia,
el cielo su almohada.

Edificada en altos
de aroma su moranza,
dentro de su voz revuelen
las vírgenes calandrias.

La música le venga
de su llovida fábula.
De su inventado estío
la codorniz y el ascua.

Qué funeral del gozo,
quebrado cuerpo, rama,
peso de luz rendida,
ocio de muerte, holganza.

París.

IDENTIDAD CELESTE

Igual su movimiento
a la inventada espuma de la rosa
en el liviano aliento
y a su descendimiento
del tallo de su espada luminosa.

Igual su voz al vuelo,
neblina de las altas codornices
en el mojado cielo,
y consigo el deshielo
de su lamento en los follajes grises.

Igual a la salina
madrépora su cuerpo temeroso,
igual a su colina
de nácar, repentina
la celestial esponja de su gozo.

Igual su tiento puro
a la gravitación de los aromas
en el jacinto oscuro,
y tras tu leve muro
la muerte oriflamada con palomas.

Igual a su sosiego
este yacer sin brújula en la brisa
para este amar sin ruego,
la máscara de fuego
trocada en candelabro de ceniza.

¿Qué llanto se derrama?
Pero en la arcilla en su hontanar difunta
responde con la rama
de encendida soflama
al hielo inmemorial de su pregunta.

Ya desigual, baldía,
mi nube en su breñal se despereza,
cercana su agonía
de lluvia y celestía,
todo el raudal de su frescura ilesa.

Ya su memoria instila
en su panal mi ensombrecida abeja,
la verde clorofila
de la dalia intranquila
atesorada en dulcedumbre vieja.

El sueño rememora
lo que el olvido guarda en su colmena
y presto se evapora
la palabra insonora,
apagado su soplo de sirena.

Me valga mi aposento
de niebla con ventana al paraíso
y en mi perecimiento
batallen con el viento
alto el laurel y el corazón sumiso.

Me espera sin gemido
la yacija de cal que me adereza
el médano transido
y queda enmohecido
mi secreto de música en la artesa.

Finado el desvarío,
iguales los silencio a los astros,
y al tiempo manantío
su litoral umbrío
de ángeles que ensombrecen alabastros.

BALADA EN VIENTO

1

Dama de neblinas,
aposentadora,
manzanas de hielo
las lunas lirondas
en sus soledades
se quebraron solas.

Arca de cantares
con llaves de aurora,
peces de caricia
guarda en su redoma,
y sus doncelleces
en cristal de roca.

Tijeras de viento
rasgan su amapola
de corpiño y falda,
caderas orondas,
arbusto de mármol
brotando sus hojas.

El sueño ligero
le anuda a su ronda
y queda la dama
aposentadora,
guitarra de almendra
en aire de copla.

2

Muriente de amares,
durmiente de ondas,
¿qué espera la dama
aposentadora,
camisa de nieve,
pechos de toronja?

El gozo le mide
la luz de su eslora,
moroso, tentado
su fruta redonda,
ínsula de dicha,
litoral de loza.

A brisa de estío,
brasa de corola.
A borrasca libre,
mar desnudadora.
A lecho de espuma,
dama de zozobra.

Amansados pechos,
sumisas palomas,
reposa la dama
aposentadora,
estatua vencida
su sirte de sombra.

París.

BODA Y ELEGIA DEL CUERPO

La aurora levadiza
en la medrada luz apacentaba
al cuerpo con la brisa
que su columna alzaba
y los celestes pechos sosegaba.

Ah cuerpo articulado
en ebanistería y coyuntura
de su laúd templado,
liviana encordadura
para la voz de la calandria pura.

Solo en su altor, ileso,
y paar la ufanía de la entrega,
enflora su cerezo,
aroma su bodega
y se desnuda su guitarra ciega.

La pesantez de su onda
con las anguilas de sus pies ariscos
quiebra la mar redonda
y su vitral en ciscos,
espuma de plumajes levantiscos.

Sí, la borrasca leve,
respiración de su ola movediza,
sí, el pájaro de nieve,
albañil que improvisa
en la pared del viento su cornisa.

Asidas en sigilo
Las asas de su cántara cautiva,
con el amor en vilo
el amador aviva
y abreva en oquedad la noche estiva.

Qué pulpa transparente
en sus tiernos alcores y bajíos
y qué sangre vertiente
de qué gozos tardíos
en las añiles venas de sus ríos.

A la ribera escasa
de su cantil en música anegado,
a su menuda brasa
de muro rescoldado,
advino el tiempo desasosegado.

En cándida voluta
esfumó el cuerpo su revuelo de ave,
su complexión de fruta,
su levedad de nave
y la molicie de su mármol suave.

En la desierta zoca
ya no resuena jácara ninguna,

ni la negada boca
humedece su pruna,
ni el muslo hiela en témpano de luna.

Quebrado en el vilano
el arco de su bóveda cimera,
¿en qué yacer liviano
el cuerpo se aligera
y en su ceniza enjuta desespera?

Ya del cuerpo yacente,
transida arpa de cal sin embeleso,
la rosa está durmiente
con pétalos de yeso,
desafinada gárgola de hueso

París.

MATERIA DE ANGEL

Entre bosques de cítaras anduve
todo mi tiempo celestial hollando
en su polvo de música a la nube
y mis plañidas muertes rescoldando
en la ceniza parva del querube
con tanta cuita de morir amando
que se calló con su arpegios rotos
la nieblas de los pájaros remotos.

Erame en la memoria su revuelo
la alondra con su vana ligereza
y su inventado proyectil de hielo,
y gozo que se acaba donde empieza,
érame en el recóndito desvelo
su sideral espiga de sorpresa,
la arquitectura de un olor suspenso
en brisa de su fin y su comienzo.

Pero séame el ángel de tal guisa
que de su estambre y su menuda cierna
se restituya su frugal ceniza
a la blancura de su pulpa tierna,
esquife de aire, nao movediza,
alfil de pluma en levedad eterna,
oído apenas su rumor de brasa
que de la voz al eco se adelgaza.

A su trasluz el giro de la rosa,
el peso del aroma, la adehala
de su respiración tan perezosa
como el bruñido péndulo de su ala,
y acorde su ocarina temerosa
en el ascendimiento de su escala
para que se derrame transparente
su tesitura de agua amaneciente.

Qué libélula libre en la pradera,
que magnolia de luz su cobertizo,
qué rama en la alegría de su hoguera,
si al otro lado del espejo liso,
en pedestal de soplo su quimera
se deshace fugaz como se hizo
e inconsumida toda se consume,
flor de zumbido y sombra de perfume.

En el azar de su onda, el movimiento,
la exactitud del cielo en su volumen,
en el ventalle de su espiga, el viento,
y en el secreto de su fuga, el numen,
que ya los timoneles del lamento
en su imantada soledad se sumen
y sigan con la brújula aterida
la almendra de su luna sumergida.

Ya se recata el ángel con sigilo
tras de su brisa para el leve anclaje
y con sus luminarias en rehilo,
el alto amor enciende su celaje.

¿Qué doncella de vaho y de berilo
se rinde al bajamar de su plumaje?
Dejadla que le plaña la ocarina
su desembocadura en la neblina.

Nublado el ángel clausuró sumiso
con su tácita mano la cancela
de su recommenzado paraíso,
en donde la paloma se congela
bruñida por la nieve del hechizo
y sosegada por la duermevela,
guardados los silencios y las voces
en el verdor sin sombra de los goces.

París.

AUTORETRATO
1957

AUTORETRATO

1957

PRELUDIO

He transitado media centuria por el mundo
sin más celeste yelmo que mi honra castellana
ni más intimidad que mi sueño profundo
bajo el paisaje adusto de mi máscara humana.

A la justicia amé sobre todas las cosas
y por ella quebré el hierro de mi lanza
para que florecieran en mis heridas rosas,
y ascuas en la tiniebla de desesperanza.

Mi diálogo con Dios ha sido jubiloso.
El agua no tiene otro lenguaje de inocencia.
Así pude llegar al hontanar del gozo
y embriagarme con toda sideral transparencia.

Me bastó el regocijo de estar solo a mi guisa,
adormitado apenas por mi recuerdo umbroso,
y alguna vez mi insomne arcángel de ceniza
me trajo en el perfume de su hálito un sollozo.

En toda soledad estuvo Dios conmigo
y su brisa en la brasa fragante de mi leño.
Así supe entornar en la noche el postigo
para el aprendizaje de la muerte en el sueño.

El ocio de la muerte me visitó a menudo
con su dejarme estar a mi cuerpo yacente
y el idioma del agua asosegarme pudo
con el finado arpegio del manantial muriente.

Yo confíe en el albur del mundo a la manera
de un pájaro almirante, devorador de alturas,
todo el cielo estibado en su nave ligera
y en su nostalgia añil, todas las espesuras.

De mis glorias añejas no destelló ninguna
como la de quemar mis últimos navíos,
magnate con las mágicas talegas de la luna,
tripulante de auroras, corsario de rocíos.

Aligeré en la umbría del corazón gimiente
el peso de mi luz evaporada en bruma,
y la estrella fugaz me dejó su relente
como el agua, la flor de su bruñida espuma.

Con mi secreto dulce de juntar soledades,
apacenté la música del tiempo que se pierde
sin pensar que el ventisco de mis yermas edades
congelará a mi alondra y su cantata verde.

POESIA

Yo creía aquí adentro, en mis reconditeces,
que eran en el principio el numen y su abismo,
y nauta de centellas como de lobregueces,
descendía a la hondura abismal de mí mismo.

Tenía en mi niñez arrobamientos mudos
como aquél de mirar desde mis barandales
de estupor una ronda de pájaros menudos,
creyéndola una hazaña de cóndores caudales.

Yo dije mi verdad en mi alta poesía
Y si nació canora con su raudal de goces,
ella conmigo habrá de perecer un día
Y ninguna calandria repetirá sus voces.

Nadie huelle jamás su litoral de albura
que este salobre llanto mi corazón escombra,
si por más inasible la creía más pura,
fábula de la nube que se aligera en sombra.

Se pareció mi numen al libre azar del aire
inventor de procelas y capitán de brisas,
y leves mis palabras fueron a su socaire
un luminoso vuelo de palomas sumisas.

Borracha de ufanía, mi lengua aposentaba
en su torre de viento campanas diamantinas,
en tanto que en sus redes de aurora aprisionaba
al musical enjambre de todas las ondinas.

Era mi poesía el bajel repentino
de la imagen que mueve las ondas de un espejo
y un dios lo tripulaba con su cuerpo salino

y la alegre esperanza de no volverse viejo.

La abeja alticeleste que zumbó en mis cantares
desde la nemorosa infancia me venía
y una ola de sol llenaba mis lagares
pero mi canto estaba lleno de solambría.

Ah poesía mía, sin otra vestitura
ni más brida que el viento, te conduje a mis mares,
enlutado jinete de mi cabalgadura
con espuelas de espuma en sus altos ijares.

Ninguna marcha fúnebre te plañirá en tu fuga
porque eras la solera de todo amor hallado
como también la arcana codicia de la oruga,
de alcanzar la estatura del cielo constelado.

Con mi fábula tenue yo disipé mi duda
y una remota voz ablandó mis congojas,
diciéndome que la alta moza que se desnuda
se asemeja al cerezo que florece en sus hojas.

Desde hace mil centurias este cuerpo me duele
con su arcilla que esconde a la brasa de un astro,
pero mi poesía cuando el ascua se hiele
se quedará en su cárcel perpetua de alabastro.

Si algún viajero atónito en los venientes siglos
la descubre en su tallo de columna engreída,
crea que ha sido en una colmena de vestiglos,
por las enjutas manos de un liquen, esculpida.

Aquel viajero intuya en esa ruina acaso
que en ella una gardenia de sangre permanece,
que para el sueño ingente me vino el tiempo escaso
pero que su columna de luz me pertenece.

AMOR

Por alcanzar la yema de la más alta espiga,
desafié los colmillos sutiles de la zarza,
y semidiós alado sin muerte ni fatiga,
seguí hasta el fin el cándido revuelo de la garza.

Yo logré por el tallo subir a la corola
y se rindió el pistilo a mi caricia tierna,
mientras Dios y el amor ponían en la ola
todo su movimiento de geometría eterna.

Amé más al deseo que a su logro anhelado
y cuando lo sacié con agua manantía,
me rescoldó otra vez el desierto abrasado
y la flama agorera del deseo volvía.

Hubo algo en mi deseo de secreta añoranza
y un designio de oscura sumersión en la nada,
la dulce pesantez de un cuerpo con holganza
en su perennidad de ola recuperada.

Acaricié la sombra con mi moroso tiento,
a la rendida virgen le despoje su veste
y su cuerpo se erguía con el azoramiento
de una anguila de azogue hasta el gemido agreste.

Abrevé en el desnudo cuerpo de la doncella,
mi cántara de almendra, la miel del paraíso,
y me quedó en las manos el ascua de una estrella
cuando su arquitectura de aroma se deshizo.

Ninguna sombra nubla mi limpia remembranza
si yo he sembrado amor y he vendimiado inquina.
Sólo sé que me miran desde su lontananza
mis mozas como ciegas estatuas de neblina.

Las esperé en mi orilla de candor hasta cuando
llegaron a mi pávida comarca del desvelo.
El sitibundo estío las desnudó llorando
y devoró las lunas menguantes de su hielo.

Porque amándolas supe desamarlas bien luego
amor y desamor me fueron consentidos,
pero me huelga para mil años de sosiego
la colina de olor de sus cuerpos vencidos.

Cabellera de mármol en su leve almohada,
la rosa me retuvo con verdad hialina,
y bien valía toda su blancura nevada
la punta del buído alfanje de su espina.

Mi gélida memoria se pierde en el hastío
del tiempo que viví con el alma en hartura,
para siempre ignorado que se llevaba el río
en el albur de su onda, la caricia madura.

Conclusos los amares en la remota niebla,
no desanduve nunca mis caminos andados
y sepulté en mis hondos aljibes de tiniebla,
lunas de sal y sangre, mis sueños devorados.

FUGA

Si nada me detuvo en mi fuga impaciente
de los rostros mirados a los libros leídos,
en una geografía de olor, el continente
de jade y luz de un cuerpo imantó mis sentidos.

Desdeñé la terrestre verdad en la medida
de la nube que inventa el cielo tornadizo
y confundí a la ondina con su onda consumida
y a la dríade moza con su ligero aliso.

El cántaro del viejo corazón derramaba
toda su dulcedumbre y toda su acedía,
y si tan pronto como creía se ufanaba,
tan prestamente como dudaba se afligía.

Si bienvenidos fueron mis júbilos ignotos,
bienvenida me vino toda mi pesadumbre,
y si tuve nostalgia de mis años remotos,
jamás se enmoheció mi espada con su herrumbre.

A quienes me infligieron su turbia dentellada,
yo los dejé para en su torva jauría,
y no quiso mi orgullo que su sangre atezada
de iniquidad tiñese mi ballesta bravía.

Se endulzó mi vigilia con el juego liviano
de platicar con hombres y reír con mujeres,
y escuché el soliloquio de mi fantasma arcano
solo en la duermevela de mis hondos yaceres.

La almendra de mi dicha fugaz fue la sorpresa
del niño que no sabe por qué hace su pregunta
ante a luz que bruñe a la burbuja ilesa
o se ha apagado en una luciérnaga difunta.

No me digáis que todo por ley me sobrevino
o por el estelar capricho de mi cielo
porque yo obscurecí con mi sangre mi vino
y regí con mi soplo la veleidad del vuelo.

Me sabía a sabor de naranja naciente
a promesa del viaje en mi nao cautiva
con la disuelta luna en la perla fulgente
y el quemante verdor en la esmeralda viva.

Arco de amor tendido entre las dos distancias,
la de nacer y aquélla de perecer, el viaje
aderezó mi oído para las resonancias
y el pájaro vistió mi voz con su plumaje.

Esquivé con mi giro la faz del arrecife
recontando en la mar sus luceros de arena,
y a mi retorno traje apenas en mi esquife,
como un difunto pez de nácar, la sirena.

A hogaza de mi pan me supo mi regreso,
a lecho de blandura, mi noche bisabuela,
y me ciñó la tierra su túnica de yeso
cerrando con su llave de viento mi cancela.

PRESAGIO

Lo que dejé de hacer no me tornó contrito
y esparcí lo que hice en la gloria del viento,
pero de la alegría vegetal de mi grito
tan sólo yo retuve la bruma de un lamento.

La pulpa de mis días me fue dulce y aceda
a sazón de mis júbilos y mis padecimientos,
mas no me conturbé porque viniese queda
la noche en la resaca de los relojes lentos.

estibé mis navíos con luz de luna llena,
el laúd de la lluvia se aquejumbrió en mi techo,
y pulsé en la agonía de mi reloj de arena
a la rosa de sangre que se hiela en mi pecho.

El rumor de la sombra me tornaba silente
mientras se obscurecían lejanos corredores
cuando el amor llegaba en tránsito inocente
hasta la muerte ungida con silencios mayores.

La noche me enseñó su manual aprendido
de descender a tientas con el Orfeo oriundo
de mi voz y su efigie de yeso corroído,
a las sobrecogidas brasas de mi trasmundo.

De mis longevidades, sólo he tentado aquélla
de mi palabra ungida con mi puro deleite,
que todo lo demás me valió una centella
encarcelada en una lámpara sin aceite.

Con su presencia undosa me habitó un ángel puro
tan igual a mí mismo y por igual, distinto,

y yo le presentía suspirar en el muro
como si se rasgara la seda de un jacinto.

Desde hace mucho tiempo, ese ángel está mudo
y su peso de olor me parece más leve,
y cuando sin razón alguna me demudo,
yo percibo en el aire su funeral de nieve.

Envejecer es una costumbre de encontrarse
a solas y cerrar la puerta con sigilo,
una razón de olvido para mejorar callarse
dejando que la estrella alumbre con rehilo.

Así yo he de esperar mi estación inverniza
y un serafín de musgo dictará a mi cordura,
un recato celeste de anochecer con prisa
y una suave templanza de llegar sin premura.

Negada la sandía del árbol inmaduro,
los presagios celestes volverán a su enjambre
porque ninguna sombra escalará mi muro
como ninguna cuita me tejerá su estambre.

Las temerosas albas llenaron mi escarcela,
monedas de la luz en mi aterido tiempo,
y comprando con ellas una frágil umbela,
pensé que era la muerte un dulce contratiempo.

TESTAMENTO

Escribiré en el aire mi testamento breve
pero me bastará la luz de su escritura,
abolida la música del corazón inleve,
para que las alondras lean su partitura.

Con mis espadas rotas y mis jazmines juntos,
en ese testamento he de forjar un friso,
pero la cifra mágica para mis contrapuntos
sólo sabrá el cadáver de mi espectro insumiso.

Si no he desesperado en la agoniosa espera
de esta noche sin tiempo, veladme en el aprisco
de las más altas cimas a mi cima altanera
y dadme el nombre en hielo de su glacial
ventisco.

Que ninguna recóndita querencia me desvele,
saciada toda sed de agua, mujer y fruta,
y que todo hontanar de llanto se deshile
porque estará finada mi flor de moza enjuta.

Qué abejas de la voz en qué remotos bronces
me rondarán mil años para que las concierte
en una melodía pánica pero entonces
solo concertaré la brisa de la muerte.

Por toda al alegría de huir en mis bajeles,
inventadme un estío de distancias sonoras
con toda la nostalgia de un bosque de laureles
para toda una umbría de calandrias canoras.

Porque mi pesadumbre caminó eternidades
y mis arpegios brujos vencieron ciudadelas,
de caudalosas arpas, hacedme tempestades
y de mozas durmientes, mis transidas vihuelas.

Si no he desesperado al vivir por lo menos
endulzadme las uvas de mi viñedo amargo,
destilando ambrosías de sutiles venenos,
y hacedme con olvidos de amor el sueño largo.

Si no ha desesperado mi amor ni he presentado
más litoral de gozo que un muslo satinado,
juntadme en la blandura del lecho preterido,
una boca, una miel, un temor y un cuidado.

Porque me nacerán dos ojos siderales
para mirar a Dios en la embriaguez eterna,
derramará el océano sus aguas diluviales
y arderá la estrellada noche en su brasa tierna.

Saetero de fatuos resplandores y asombros,
os dejo mis caudales de soledad secreta,
y en la estación veniente, plantad en mis
 escombros
de cielo el aterido tallo de mi saeta.

Guardadme la memoria de mis yertos ayer
y no quiero más duelo de amor y celestía
que una fragua de pájaros en mis amaneceres
y un alfar de sirenas verdes en mi oceanía.

AGONIA

Aprendí a hablar sin voz y a escuchar sin oído,
aprestándome a anclar en mi silencio pulcro,
toda la levedad del sueño desasido
y mi transida máscara de sal en el sepulcro.

De mi agorera muerte, no me será temida
sino la desazón de despertarme luego,
tallo de arcángel sordo sin tierra prometida
tarántula en el tacto de un infinito ciego.

Me rondaron con lentas pisadas insonoras
la gárgola de cieno y la medusa en vilo,
y sorbí la encendida fruta de las auroras
para anegar de lumbre mi corazón tranquilo.

Mi águila pavorida escarbó la muralla
de un secreto glacial que no lo supe nunca,
y que por ya sabido contristó mi rondalla
con la columna rota y la balada trunca.

A mi Dios le clamé que sólo me conceda
la gracia de saber en mi postrimería
hasta qué lobreguez mi escultura de greda
huragará con la lengua mi panal de agonía.

Me respondió la espuma de la mar inconclusa
que la perpetua noche preludio mi comienzo,
y que después de mí, vencida toda esclusa
de amor, descenderá de su hontanar inmenso.

Para los mojados ojos sabré que estoy de viaje
y me será tan tenue el paso postrimero
que la delgada nieve me arropará su traje,
haciéndome de luz y albura, un ventisquero.

Un tránsito de voces en las desiertas salas
me lleve al paraíso de mi infancia baldía,
y el gallo, mariscal de luz con sus dos alas,
me suene sus remotos clarines de alegría.

Me llegará ese día con su topacio huyente.
En el bosque, la noria de los vientos juglares
en su muro de música, el agua del torrente
y en mi mesa de noche, un libro de cantares.

En ese día haré con mi cordura añeja,
de mis cosas terrenas, celestiales asuntos,
y en alguna penumbra de mi morada vieja,
hablaré a media voz con mis padres difuntos.

Lo que ellos me dirán se llevará el arcano
quebrados los cristales del sollozo maduro,
caída la paloma ilesa de una mano
sobre la porcelana de algún párpado oscuro.

Enferma de rumores de mar y lejanía,
con su oreja de nácar, la limpia caracola
escuchará ese diálogo de la casa vacía
para que su quejumbre le repita la ola.

Lo sé por una suave razón de melodía
y por el vaticinio de mi rosa queriente,
que todo me será ligero en ese día,
el tiento vaporoso y el aire transparente.

Campanas, yo las quiero, bruñidas de celaje,
con las estrellas húmedas en su metal cenceño,
para mi ascendimiento por su raudo ramaje
de sonido a la muerte en la mitad del sueño.

ETERNIDAD

He pensado en la muerte como en una ligera
mudanza, en la que habré de sosegarme tanto
sin que el amor me abraze con su medrada
 hoguera
ni el desamor me afila con su lagar de llanto.

Porque para morir debemos vivir antes,
para sobrevivir morir antes debemos,
y así de nuestro copo de cenizas fragantes,
verdes arquitecturas de canto, renacemos.

Porque mi duración ha de serme tan honda
en perfume y largor de piel acariciada,
en raíz, yema y gozo de la rama lironda,
me nacerá una rosa de mi difunta espada.

Por ley de transparencia, rescataré mi rosa
en vilo sin que tallo alguno la sustente,
a que uncida la ronde su abeja luminosa
y se evapore un ángel de su aroma caliente.

Pávida, atrás me quede toda mi permanencia
en una sorda mar sin cántico ni orilla,
una entrega de amor sin razón de querencia
y un inútil rencor de la luna amarilla.

Si para mi buscado sigilo verdecía
atónito el bosque su cabello de hiedra,
tendrá mi soledad la tierna geometría
de una corza frugal en su otero de piedra.

En mi secreto vórtice pereceré sabiendo
que asido estoy a Dios y al haz de su tormenta,
y renacido bajo su catedral de estruendo,
a que me dé sus pechos la tierra parturienta.

Mi eternidad, la quiero, mitad en mansedumbre
de médano y mitad en bravura de risco
para que en la memoria del olvido la cumbre
me rememore el gesto de mi semblante arisco.

Mi eternidad, la quiero, sin otra desmesura
que la de mi silencio y sin más cobertizo
que mi montaña verde contra toda pavora
y su alfana de niebla para el viaje al hechizo.

Mi eternidad la quiero sin más luz que la mía,
tal la durmiente hoguera de los luceros fijos.
Cuando muera acalladme toda arpa de elegía
que moraré en mis coplas y viviré en mis hijos

Yo no quiero saber el tiempo que he vivido
que para mi sazón de lo que yo he gozado,
me ha de sobrevivir este laurel erguido
en la sabiduría de mi tiempo ignorado.

Porque después de mí sin mí recommenzado,
el tiempo será puro y la pena tardía,
me aclamará mi nombre el río amotinado
para mi de profundis en espuma sombría.

Porque no volveré con este cuerpo mío,
me llevaré un paisaje de cimas y de alcores,
su techumbre de hielo para mi desvarío,
y para mi caricia, su fragua de verdores.

Ningún duelo de alondras enluta mi reposo
ni ensombrece el presagio de mi Dios que yo
espero,
que en mi breñal de nieve llevo con alborozo
la taciturna estatua de cal en que me muero.

INTRODUCCIÓN A LA MUERTE
1960

INTRODUCCIÓN A LA MUERTE 1960

ELEGIA DEL AMOR TERRENO

1

Porque he llegado al límite previsto
entre la luz y la alta sombra, quiero
el vino alegre con que me contristo
y la estrella fugaz en que me hiero,
y tenuemente presentir que existo
de la misma manera que me muero,
si me ha ataviado el sueño con su veste
y me ha venido la embriaguez celeste.

2

En el oleaje de mi duermevela
para mis infinitos sosegares,
ya nada me ensombrece ni desvela,
si enmudecidos todos mis cantares,
vencida por albur mi ciudadela,
finadas mis ondinas de los mares,
el corazón muriente rememora
lo que el olvido nemoroso ignora.

3

Todo lo que mi Dios me ha concedido
a la ceniza pávida lo entrego
porque la brasa con la brisa ha ardido
en el plumaje sideral del fuego,
y si me fuera todo consentido,

nunca mi Dios me denegó mi ruego
de moza, miel, centella y paraíso
que perecieron en su propio hechizo.

4

Las voces acallad a mi regreso
para escuchar entre ellas una sola,
la bienamada en el alcor de un beso
que se esfumaba en lejanías de ola,
la ya distinta en el rumor ileso
de la fragante abeja en su corola,
la alegradora con su puro gozo
que se quebró en la espuma del sollozo.

5

Esa la voz por siempre consumida
he de buscarla en el azar del viento
sin derrotero, brújula ni brida,
con el oído pulcro y con el tientto,
siguiendo en su columna estremecida
el alto pecho que era su aposento
y el hontanar del aire en los revuelos
de todas las alondras de los cielos.

6

Me quedaré con esa voz tranquilo
esperando la nieve columbrada
que ha de vestirme unciosa con sigilo
ciñéndome su túnica mojada
y obscureciendo el último rehilo
de la dócil estrella resoldada,

pero esa voz de abeja y oro suave
estibará con música mi nave.

7

Esa piel en que el mundo se imantaba
y se tornaba el aire melodía,
en dónde está como sumisa estaba
con su frescura de agua manantía
para el estío verde en que manaba
y los medrados pechos encendía,
en dónde está la piel de la durmiente
con su panal de pulpa transparente.

8

Hay un arpegio de gemido oscuro
en la nostalgia de esa piel bruñida
se está escombrado su liviano muro
y su torre de hielo derruída.
Así el estío se quedó maduro
de llanto con su lluvia compungida
y un funeral de albura le viniera
al agua clara con la piel ligera.

9

Plaña sin fin amador remoto
la caricia frugal en que pusiera
el ascua viva y el acorde roto,
plaña sin fin la noche postrimera
y la ambrosía de su lecho ignoto
que la doncella en flor le concediera
y luego le rescate la tiniebla
su atribulada máscara de niebla.

10

Aquel aroma suyo apacentaba
la rosa y el lucero con la brisa,
y al jubiloso cuerpo en que moraba,
a su columna leve y su cornisa,
el soplo de la brisa les prestaba
toda su arquitectura levadiza
para su dulce anclaje de navío
en la abrasada arena de mi río.

11

Cuantas veces la moza desnudaba
a sus lunas de almendra en ufanía,
su desnudez celeste le duraba
el tiempo en que el cerezo florecía
y sus quemantes yemas enfloraba,
y así la ronda mágica volvía
con su canoro vuelo de paloma
y el corazón enfermo en el aroma.

12

Si todo fue finito en la longeva
tribulación del tiempo fenecido,
ni la semilla de la luna nueva,
ni el ascua de mi goce prometido,
ni la inconclusa mar que se renueva,
nada me vale mi silencio ungido
por ese olor de piel que traía
una sazón de fruta a mi elegía.

13

De aquel insombre cuerpo y su hialino
volumen de una tierna geometría,
el gozo era un destello repentino
con sus arcos de nieve en alegría
para inventar un cielo diamantino,
un sueño, un estupor y una agonía,
y luego con sus arcos descendidos,
para trocar deleites en olvidos.

14

Esos arcos de nieve en coyuntura
del hombro enhiesto y la rodilla lisa
sostenían atónitos la altura
del pecho con su fruta movediza
y menguaban flexibles la cintura
mutando al vientre en bajamar sumisa
para infundir al cuerpo y su arquitrabe
una buída contextura de ave.

15

Esos arcos de nieve se rindieron
al peso de tu albor en las mudeces
de la salobre muerte en que murieron,
y así, mi bienamada, te adormeces
sin que tú sepas cómo te vencieron
tus ángeles, aromas y embriagueces
con espadas de niebla en un estío
de amor en el amor y el desvarío.

16

Mi bien amada, en dónde estás yacente,
azorada tu espiga y con hartura
de eternidad tu sueño de durmiente,
y cómo desasida de ternura
está la boca de tu flor queriente,
mas la añoranza en su arca de blandura
guarda de tus fragancias ya difuntas
una gavilla de caricias juntas.

17

En dónde permaneces, capitana
de los deliquios y silencios largos,
navegadora de una ría arcana,
tornando vaporosos tus letargos
como tu sombra mucho más liviana,
ebria de sal en médanos amargos
y obrevadora de la verde espuma,
muriendo muertes de distancia y bruma.

18

No más, mi bienamada y mi gacela
escogida del aire, me rehuyas,
que el río se llevara en su procela
de agua talar las transparencias tuyas,
y no quiero que uncida a la cautela
de la calandria temerosa me huyas
porque te quiero en mi aire sepultada,
cierna de luz y brisa respirada.

19

Qué alondra de tu voz ha sollozado,
qué almendras de tu piel se han desteñado,
qué niebla de tu olor se ha evaporado,
qué enjambre de sirenas se ha afligido,
y así con el plumaje desplumado
de la ventisca, el tiempo ha transcurrido,
pero tu cuerpo infunde todavía
una sazón de fruta a mi elegía.

20

Porque he llegado al límite impreciso
entre la soledad y el alto vuelo
y todo por logrado se deshizo
con las tañidas arpas de su duelo,
la noche permutó mi paraíso
por mi aterida máscara de hielo
con ángeles de herrumbre y la centella
del sideral cadáver de la estrella.

Washington.

BALADA EN CUATRO TIEMPOS

1

Me bastarán, Señora, para amaros,
en mi morada junto a mí teneros,
un lecho blando para sosegaros
y una oruga de lumbre para veros.

Dadme la espuma de los ojos claros,
la nieve de los pechos altaneros
que mi canción tendré para embriagaros
y la noche de miel para venceros.

He de aguardaros con la estrella en vilo
para un perpetuo amar y un alborozo
de hoguera dulce y corazón tranquilo.

Y hemos de entrar en el silencio umbroso
cuando nos recojamos con sigilo
a morir juntos en el mismo gozo.

2

Nunca valdrá la cuita de olvidaros,
Señora, esta nostalgia de deciros
que estoy ensombrecido por amaros
y temo con mis sombras afligiros.

El gozo terrenal de acariciaros
y con grilletes del aroma unciros,
en niebla se mutó para lloraros
con un celeste enjambre de suspiros.

En qué ligero tálamo de pluma,
Señora, un tiempo de centella breve
hizo y deshizo la bruñida espuma

de vuestro cuerpo de textura leve
que me ha traído a la memoria en bruma
todo el fulgor de un pájaro de nieve.

3

Llegué por fin, Señora, a desamaros
porque mi amor no supo reteneros
y pudo más la brisa al apagaros
que el corazón urgido en encenderos.

A qué brasa de olor debo juntaros
si estatua de ceniza he de saberos
y en la muriente noche he de ignoraros
por el ignoto albur de los luceros.

Si un vuelo de paloma luminosa
habéis trazado en mi añoranza pura,
consentidme en el sueño, cautelosa,

que yo descina vuestra vestidura
y en sus langores la secreta rosa
me embriague con el nácar de su albura.

4

Qué defunción de toda transparencia
el luto sideral de presentiros
en el transido cielo de la ausencia
una paloma de livianos giros,

aligerada ya sin mi querencia,
ni manos amadoras para ungiros,
ni coplas para hablaros en cadencia,
ni túnicas de luz para vestiros.

En qué tiempo remoto de agonía
nos alejamos del silencio umbroso
en que el amor amado no sabía

que por la ley del ángel quejumbroso,
duró lo que la espuma la ambrosía
de morir juntos en el mismo gozo.

Washington.

REPERTORIO DE LA NOCHE

Aquella luz y tú,
iguales en destello,
amanecieron juntas
en un fragante cielo
con igual transparencia
y con el mismo tiento,
regidas por la ilusa
geometría del sueño.

Aquella luz sin ti
anocheció en el tiempo
y se esparció en el aire
su corazón ligero
para su umbrosa muerte
de niebla en el silencio.

Tú sin aquella luz,
el corazón ileso
en largas soledades
lo guardas bien adentro
con la estatura insombre
de una estatua de hielo,
hasta que un día vengan
los ángeles enfermos
y te lleven consigo
en su liviano vuelo
a un velorio de estrellas
y un funeral de viento.

Más ni tú ni la luz
siquiera presintieron
que entre las dos latía
mi corazón despierto,

embriagado en sus voces,
arrobado en sus ecos,
con sus lunas de sangre
que descolan mi pecho,
y ha de venirle el día
de su luto agorero,
tú y la luz desasidas
en su perecimiento
con la leve mudanza
del corazón despierto
en la sombra sin música
de un pájaro de cieno.

Aquellos corazones
el de la luz, ligero,
el tuyo, con la almendra
de otra luz, ileso,
y el mío, con las lunas
de mi sangre, despierto,
me duelen en el aire
en donde están gimiendo,
los tres ensombrecidos
por difuntos deseos
y a la vez en su viaje
de celestes viajeros,
caminado en aromas
de jacinto y enebro,
insomnes con el oro
estelar del desvelo,
y los tres taciturnos,
sin escucharse, oyéndose
las voces inconclusas
para amares eternos.

Washington.

IMITACION DE LA NUBE

Se apagaron las voces
con el rehilo de la luz muriente
dejándome los goces
del corazón durmiente
en su confinio de aire transparente.

Qué larga la cordura
de sosegar me sin ningún sonido
y qué embriaguez de altura
para el celeste olvido
en el silencio oírme sin oído.

El amor sólo quiso
un estío de olor para su intento
de amar que se deshizo
y se llevó el lamento
en el frágil esquite de su viento.

Ya se quebraron solas
mis naos con sus lunas tripulantes
y sollozaron olas
en los pechos fragantes
de todas mis ondinas ondulantes.

Pero el amor no pudo
sino amar a su sombra en demasía
y su cuerpo desnudo
no supo que ardería
su brasa de alabastro en agonía.

Ah gemida y gimiente,
mi dulce prometida sin promesa,
finada y renaciente
donde acaba y empieza
todo el raudal de la blancura ilesa.

Oriunda te llamaba
del agua y alledaña del querube
y si mucho te amaba
apenas le retuve
a tu inasida levedad de nube.

Ya todo está cumplido,
en el lagar la cántara vacía
del mosto consumido
y la pena tardía
en mi nevado tiempo de elegía.

Era alguien con su aliento
y el tallo de su mano vaporosa
que llegó a mi aposento
con planta sigilosa
y me dejó el cadáver de una rosa.

Era en el aire acaso
que te condujo a mí la mano aquella
con el relente escaso
en el que aún destella
la herida alticeleste de tu huella.

En qué historia confusa
de amor y desamor nunca termina
la página inconclusa
que al sueño me confina
en sus desvaneceres de neblina.

Ya fenecido el canto,
quedó el amor sin lengua ni soflama
y en un cielo de llanto
la nube se derrama
y un serafín de hielo me reclama.

Washington.

VIAJE AL HONTANAR DE LA SOMBRA

Hay algo en mí que yo lo sé venido
antes de mí como un presagio puro
y por siempre jamás indefinido

que le ensombrece al corazón maduro
y le confina al canto ensombrecido
de un pájaro cercado por su muro.

Ese presagio el sueño me aligera
y se parece a la caricia undosa
de un navío de pluma que trajera

toda la lejanía nebulosa
de un estibado amor a la frontera
entre el ángel, la música y la rosa.

Hay algo en mí tan leve y tan inleve
con su volumen sideral de brisa
y con su peso alígero de nieve

que por igual perece y se improvisa
y con temor umbroso me conmueve
la sirte de la arena movediza,

y en mudeces de asombro yo percibo
su duración fugaz que me ha dejado
una paloma de rescoldo vivo

y su cadáver de cristal nevado
con la agonía del bajel cautivo
en bajamares de añoranza anclado.

Hay algo que en la noche me desvela
cuando me pone el viento en el oído
una inflexión remota de vihuela

en una voz de arpegio estremecido
y un estambre de luna se deshiela
por una espiga de tiniebla herido.

Hay algo que me llama con premura
y luego en mi silencio se demora
y es una voz de larga tesitura

que me adormece y a la vez me azora
para que la sepulte en la espesura
de la noche la gárgola insonora.

Se llevará la onda en el acaso
esta ignorancia en que me desperezo
y esta brasa de amor en que me abraso

porque transito en mi último embeleso
con la embriagada niebla de mi paso
que me apresura al viaje sin regreso.

Porque yo sé que nada lo he sabido
me sobreviene la celeste duda
de no saber si el tiempo que he perdido

en el relente de la estrella muda,
lo recobré en el álamo buído
de la doncella en su fulgor desnuda.

Hay algo que parece sollozarme
y que en gimientes sedas se desliza
con su respiración para acallarme

y su quejumbre de agua llovediza
para a mi alado corazón juntarme
la sombra de la sombra y la ceniza.

Hay algo en mí tan leve y tan inleve,
rosa, rocío, cántico y plumaje,
para que el aire todo se lo lleve

en la ligera ondulación del viaje
y el luto de la brisa y de la nieve
al pájaro difunto le amortaje.

Washington.

ESCRITURA EN LA ESPUMA

Para que mi rescoldo se consuma
cada vez más en la ceniza leve,
el viento se ha vestido con la bruma
y la bruñida noche con la nieve.

Lo que yo he escrito lo escribí en la espuma
y me duró su transparencia breve
lo que la alondra, el cántico y la pluma,
a que el olvido al aire se lo lleve.

Sepultada mi música en el aire,
el pájaro celeste que la nombra
perecerá conmigo a mi socaire,

y el duelo de la estrella que se escombra
me ha de infundir este mortal desgaire
para el almirantazgo de la sombra.

Washington.

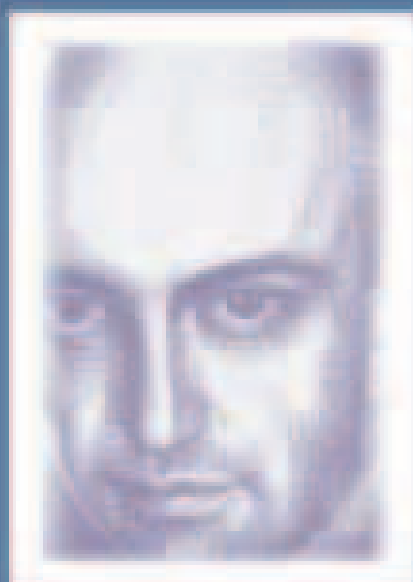
INDICE

INTRODUCCIÓN Y SELECCIÓN	i
LOS POEMAS DEL ARTE	1
ELOGIO DEL ARTE	3
EL SENTIR	4
LA PIEDRA	5
LA FORMA	6
LA VOZ FLORIDA	7
EL BRONCE	8
VENDIMIA ROJA	9
LA LOCURA	10
EL RITMO	11
LA FE LIRICA	12
EL MARMOL	13
VOCES HERALDICAS	14
LA FABULA GRIEGA	15
HIPERESTESIA LÍRICA	17
ANUNCIACION	19
PROSAPIA HERALDICA	
CORAZON HERALDO	20
PLENITUD AGRESTE	
CORAZON SATIRO	21
LABERINTO	
CORAZON SATANICO	22
MITOS PROFANOS	23
LAS PARÁBOLAS OLÍMPICAS 1922	25
PARABOLA DE LA LUZ	27
PARABOLA DE LA TINIEBLA	27
PARABOLA DEL FUEGO	27
PARABOLA DEL AGUA	28
PARABOLA DEL VIENTO	28
PARABOLA DE LA ESPUMA	28

PARABOLA DEL TRONCO	29
PARABOLA DE LA ESTRELLA	29
PARABOLA DE LA NUBE	29
PARABOLA DEL MAR	30
PARABOLA DEL ABISMO	30
PARABOLA DE LA MIES	30
PARABOLA DE LA BRUMA	31
PARABOLA DEL ROCIO	31
PARABOLA DE LA MONTAÑA	31
PARABOLA DE LA BRISA	32
PARABOLA DE LA NIEVE	32
PARABOLA DEL SOL	32
PARABOLA DEL INFINITO	33
HÉLICES DE HURACÁN Y DE SOL 1933	35
HOMBRE DE AMERICA	37
PLEAMAR DE PIEDRA	40
DIOS	42
LOS DOLMENES	43
TUNEL	44
LOS HURACANES	45
SIN PALABRAS	48
LA CIUDAD ANTARTICA	50
COLUMPIO DE ETERNIDAD	52
ASES	54
CUARESMA DE AMATISTAS TEMBLOROSOS	55
BARCO DE NUEZ	56
TU	59
MUJER DESHABITADA	61
NOEL	62
ANGUSTIA COSMICA	64
EXODO	66
TATUAJE	68
ELEGIA DE MI MUERTE	70

ALTANOCHÉ 1947	73
EVASION	75
CUADERNO DE NUEVA YORK EN LLAMAS	78
ZOO	80
GEOGRAFIA ILUMINADA	81
CONGO DE LA MADRUGADA FUTURA	82
BOTANICA DEL LAMENTO	84
BIOGRAFIA DEL HUMO	85
BELIGERANCIA	87
RELOJERIA DEL SUEÑO	88
ALTAMAR DE VIDRIO	89
IMAGENES DE AZOGUE	91
ABORDAJE DE LA VIGILIA	92
ECUADOR	93
HISTORIA UNIVERSAL DEL HAMBRE	95
FABRICA DEL MUNDO	97
NATIVIDAD DEL INDIO	100
CARTA A MI PADRE MUERTO	103
CANTATA Y FUGA DE TU PRESENCIA	105
DIBUJO ANIMADO DEL SISMO	107
TIEMPO BALDIO	108
ROMANCE DEL HIJO	109
MADUREZ DE LA MUERTE	111
NUEVA EDICION DE LA ETERNIDAD	114
RONDALLA EN OCHO LAMENTOS	116
JOLGORIO DE LOS ANGELES	121
ELEGIA DE LA NACENCIA	123
ALTANOCHÉ	126
ESTATUA DE AIRE 1951	131
ESTATUA DE AIRE 1951	133
MATERIA DEL ANGEL 1953	151
CONTRAPUNTO	153
MEMORIA DE LA TRANSPARENCIA	157

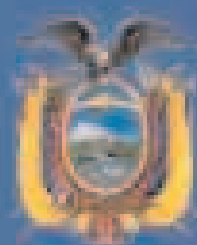
PRIMER MOVIMIENTO	159
SEGUNDO MOVIMIENTO	160
TERCER MOVIMIENTO	161
CUARTO MOVIMIENTO	162
QUINTO MOVIMIENTO	163
SEXTO MOVIMIENTO	164
SÉPTIMO MOVIMIENTO	165
OCTAVO MOVIMIENTO	166
NOVENO MOVIMIENTO	167
DECIMO MOVIMIENTO	168
IDENTIDAD CELESTE	169
BALADA EN VIENTO	171
BODA Y ELEGIA DEL CUERPO	173
MATERIA DE ANGEL	175
AUTORETRATO 1957	177
PRELUDIO	179
POESIA	181
AMOR	183
FUGA	185
PRESAGIO	187
TESTAMENTO	189
AGONIA	191
ETERNIDAD	193
INTRODUCCIÓN A LA MUERTE 1960	195
ELEGIA DEL AMOR TERRENO	197
BALADA EN CUATRO TIEMPOS	204
REPERTORIO DE LA NOCHE	207
IMITACION DE LA NUBE	209
VIAJE AL HONTANAR DE LA SOMBRA	211
ESCRITURA EN LA ESPUMA	214



Gonzalo Escudero (1903-1972)

Nació en Quito. En esta misma ciudad estudió hasta la obtención de su título de abogado. Pero las disciplinas jurídicas no le sirvieron para ejercer esa profesión, sino para los vigorosos alegatos que escribió como representante diplomático, y cuyo objetivo fue la defensa de los derechos territoriales del Ecuador, y desde luego la de las normas de paz entre los pueblos del mundo. Desde muy joven se incorporó a la docencia. Enseñó estética y lógica en el Colegio Nacional Mejía y en la Universidad Central que fueron los centros en los que se educó. Dejó en sus alumnos la impresión de

una inteligencia clara y razonadora, que es la que usualmente se hacía admirar también en el coloquio íntimo y en la intervención pública, generalmente de orden académico. En sus años de universitario fue un político entusiasta, de ideas inquietizantes. Fue uno de los fundadores del partido socialista ecuatoriano. Ya entonces tuvo acceso a funciones importantes, en el Gobierno como en el Parlamento. Pero su destino le reclamaba desde otros campos. Entró en el servicio exterior de su país, con una vocación bien definida y una ejemplar honestidad. Fue Embajador en capitales de Hispanoamérica y de Europa, y mientras cumplía su misión en Bruselas le sorprendió la muerte. Dentro de la literatura ecuatoriana el caso de Gonzalo Escudero es digno de la mayor atención crítica. Apenas contaba quince años de edad -es decir era alumno de los primeros cursos de colegio- cuando publicó un libro de su propia creación "Los poemas del arte" (1919).



PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

COMISIÓN NACIONAL PERMANENTE
DE CONMEMORACIONES CÍVICAS